

EL ENGAÑO DE LA NEUTRALIDAD

No es nuevo el clamor de que los cristianos se rindan a la neutralidad en lo relativo a su pensamiento. Sin embargo, esto golpea directamente el corazón de nuestra fe y de nuestra fidelidad al Señor. Algunas veces la demanda para asumir una posición neutral, una actitud no comprometida para con la veracidad de las Escrituras, se oye en el campo de la erudición cristiana (sea ésta en el campo de la historia, la ciencia, la literatura, la filosofía o cualquier otra.) Profesores, investigadores y escritores con frecuencia son llevados a pensar que la honestidad les demanda hacer a un lado todo compromiso distintivamente cristiano cuando se trata de campos no relacionados directamente con la adoración dominical. Ellos razonan así: puesto que la verdad es verdad dondequiera que se encuentre, uno debiese ser capaz de indagar la verdad bajo la guía de los pensadores aclamados en ese campo, aún cuando su perspectiva sea completamente secular. "¿Es realmente necesario asirse de las enseñanzas de la Biblia si es que vas a entender apropiadamente la Guerra de 1812, la composición química del agua, las obras de Shakespeare o las reglas de la lógica?" Tales son las preguntas retóricas de aquellos que están dispuestos a insistir en la neutralidad de los Cristianos en las áreas académicas.

Algunas veces la demanda de neutralidad se levanta en lo relativo a la apologetica (la defensa de la fe). Algunos apologistas nos están diciendo que el mundo no-creyente dejará de oír si nos acercamos al asunto de la veracidad de las Escrituras con una respuesta preconcebida. Debemos estar dispuestos, de acuerdo con su punto de vista, a acercarnos al debate con los no-creyentes con una actitud común de neutralidad - una actitud de "aquí nadie sabe nada". Se nos dice que debemos asumir lo menos posible desde el principio; y esto significa que no podemos asumir ninguna premisa Cristiana o enseñanzas de la Biblia.

Otras veces el clamor por neutralidad en el pensamiento de los creyentes surge en lo referente a las escuelas. Algunos Cristianos sienten que no hay demasiada urgencia por crear Escuelas Cristianas, que la educación secular está bien así como va, y que solamente necesita ser complementada con oración Cristiana y lectura de la Biblia en la casa. Así, la idea es que uno puede ser neutral en lo relativo a la educación; la fe Cristiana no necesita dictarle a uno ninguna noción particular o maneras de aprendizaje en lo relativo al mundo y al hombre. Se nos dice que los hechos son los mismos tanto en las escuelas públicas como en las Escuelas Cristianas; así que, "¿Por qué insistir en que tus hijos sean instruidos por creyentes comprometidos con Cristo Jesús?"

En estas y muchas otras áreas podemos ver que el Cristiano es llamado a dejar de lado sus creencias religiosas distintivas para colocarlas temporalmente "sobre el escritorio", para tomar una actitud neutral en sus procesos de pensamiento. Satanás amaría el que esto estuviese ocurriendo más. Más que cualquier otra cosa esto evitaría que el mundo fuese conquistado para creer en Jesús Cristo como Señor. Más que cualquier otra cosa esto haría que los Cristianos profesantes llegasen a ser impotentes en su testimonio, sin metas en su caminar y desarmados en la batalla contra los principados y poderes de este mundo. Más que cualquier otra cosa tal neutralidad prevendría la santificación en la vida del creyente, pues Cristo dijo que sus seguidores eran "santificados (puestos apartes) por la verdad". Inmediatamente continuó con su declaración: "Tu Palabra es verdad" (Juan 17:17).

Cualquier cosa que la gente pueda decir con respecto a la demanda de neutralidad en el campo del pensamiento del Cristiano - la demanda de que los creyentes no sean puestos aparte

de otros hombres por su adherencia a la verdad de Dios - lo cierto es que las Escrituras muy tajantemente difieren de esta demanda. Contrario a la demanda de neutralidad la Palabra de Dios demanda una alianza sin reservas con Dios y Su Verdad en todo nuestro pensamiento y en lo referente al campo de la erudición. Lo hace así por una buena razón. Pablo infaliblemente declara en Colosenses 2:3-8 que "Todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento están escondidos en Cristo" Note que él dice que **toda** la sabiduría y el conocimiento están depositados en la persona de Cristo - ¡sea que se trate acerca de la guerra de 1812, la composición química del agua, la literatura de Shakespeare o las leyes de la lógica! Toda investigación académica y todo pensamiento deben estar relacionados con Jesucristo, pues Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14:6). Entonces, evitar a Cristo en tus procesos de pensamiento en cualquier punto es ser alguien mal dirigido, no veraz, y espiritualmente muertos. Hacer a un lado tus compromisos cristianos cuando se trata de la defensa de la fe o el enviar a tus niños a la escuela es apartarse deliberadamente del único camino a la sabiduría y la verdad que se encuentran en Cristo. El temor del Señor no es el fin o resultado del conocimiento; es el **principio** del conocimiento, el reverenciarle (Prov 1:7; 9:10).

Pablo declara que todo conocimiento debe estar relacionado con Cristo de acuerdo con Colosenses 2. Él dice esto para nuestra protección; es muy peligroso dejar de ver la necesidad de Cristo en todo el proceso de nuestro pensamiento. Así que Pablo nos dirige a la imposibilidad de nuestra neutralidad "con el propósito de que nadie os engañe con palabras engañosas". En vez de eso debemos, como Pablo exhorta, estar firmes, confirmados, enraizados y establecidos en la fe que nos ha sido enseñada (v. 7). Uno debe estar presuposicionalmente comprometido con Cristo en lo referente al reino del pensamiento (antes que ser neutral) y firmemente asido a la fe en la cual se ha sido enseñado, o sino la persuasiva argumentación del pensamiento secular le engañará. Por lo tanto, el Cristiano está obligado a presuponer la palabra de Cristo en toda área del conocimiento; lo contrario es engaño.

En el verso 8 de Colosenses 2 Pablo dice: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas". Por intentar ser neutral en tu pensamiento eres un blanco fácil para ser *asaltado* - asaltado y robado por las "vanas filosofías" de todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento que están depositados sólo en Cristo (v. 3). Pablo explica que la vana filosofía es aquella que sigue al mundo y no a Cristo; es el pensamiento que se somete a las demandas de neutralidad por parte del mundo antes que estar presuposicionalmente comprometido con Cristo en todo lo referente al pensamiento.

¿Es Ud. rico en conocimiento por causa de su compromiso con Cristo en lo referente a la erudición, apologética y formación académica, o ha sido Ud. asaltado por las demandas de la neutralidad?

Tomado de:

A Biblical Introduction to Apologetics, por Dr. Greg L. Bahnsen

La Inmoralidad de la Neutralidad

Todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento han de encontrarse en Cristo; por lo tanto, si tratáramos de llegar a la verdad aparte de un compromiso con la autoridad epistémica de Cristo Jesús entonces seremos *asaltados* y robados por una vana filosofía y engañados por huecas sutilezas (*véase Colosenses 2:3-8*). En consecuencia, cuando el Cristiano aborda el campo de la erudición, a la apologetica o al campo de los estudios debe, con firmeza y lealtad rehusarse a *rendirse* a las demandas erradas de la neutralidad en su vida intelectual; nunca debe consentir en rendir sus creencias distintivas religiosas “*mientras dura el tiempo de clases*”, como si uno pudiera alcanzar el conocimiento genuino de manera “*imparcial*”. “*El principio de la sabiduría es el temor al Señor*” (*Proverbios 1:7*).

El intentar ser neutral en los esfuerzos intelectuales de uno (*ya sea la investigación, la argumentación, el razonamiento o la enseñanza*) es equivalente a tratar de borrar la antítesis entre el Cristiano y el incrédulo. Cristo declaró que el primero fue puesto aparte del segundo por la verdad de la palabra de Dios. (*Juan 17:17*). Aquellos que quieran ganar dignidad ante los ojos de los intelectuales del mundo usando el mote de la ‘neutralidad’ únicamente la lograrán a expensas de rehusarse a ser *puestos aparte* por la verdad de Dios. En el ámbito de lo intelectual ellos son absorbidos por el mundo así que nadie podrá notar la diferencia entre su pensamiento y presuposiciones y el pensamiento y las presuposiciones del apóstata. La línea entre el creyente y el incrédulo se obscurece.

Tal *discriminación* en la propia vida intelectual no solamente suprime el conocimiento genuino (*cf. Proverbios 1:7*) y garantiza el engaño vano (*cf. Col 2:3-8*), sino que es abiertamente inmoral.

En *Efesios 4:17-18* Pablo les encarga a los seguidores de Cristo a que “*no anden como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido por la dureza de su corazón*”. Los creyentes Cristianos no deben caminar, no se deben conducir o vivir de una manera que imite la conducta de aquellos que no son redimidos; Pablo le prohíbe específicamente al Cristiano imitar *la vanidad demente* del incrédulo. Los Cristianos deben rehusarse a pensar o razonar de acuerdo a una cosmovisión o perspectiva mundana. El agnosticismo culpable de los intelectuales del mundo no debe ser reproducido por los Cristianos alegando neutralidad; esta perspectiva, este acercamiento a la verdad, este método intelectual evidencia un entendimiento entenebrecido y un corazón endurecido. Se rehúsa a doblar su rodilla al señorío de Cristo Jesús sobre toda área de la vida, incluyendo la erudición y el mundo del pensamiento.

Uno tiene que tomar esta decisión básica en su pensamiento: *ser puesto aparte por la verdad de Dios o verse alienado de la vida de Dios*. No puede ser de ambas maneras. Uno será puesto aparte, puesto en contra, o alienado ya sea en el mundo o de la palabra de Dios. Se hallará en *contraste* con aquel método intelectual que se rehúsa a seguir. O se rehúsa a seguir la palabra de Dios o se rehúsa a seguir la mentalidad vana de los gentiles. Se distingue a sí mismo y a su pensamiento ya sea por contraste para con el mundo o por contraste para con la palabra de Dios. El contraste, la antítesis, la opción, es clara: ser puesto aparte por la verdadera Palabra de Dios o ser alienado de la vida de Dios. O se tiene “*la mente de Cristo*” (*1 Corintios 2:16*) o la “*vanidad de mente de los Gentiles*” (*Efesios 4:17*). O se “*trae cautivo todo pensamiento a la cautividad de la obediencia de Cristo*” (*2 Corintios 10:5*) o se continúa como “*enemigos en vuestra mente*” (*Colosenses 1:21*).

Aquellos que siguen el principio intelectual de la neutralidad y el método epistemológico de la erudición incrédula no honran el soberano Señorío de Dios como debiesen; como resultado su razonamiento se hace vano (*Romanos 1:21*). En Efesios 4, como ya hemos visto, Pablo le prohíbe al Cristiano que siga esta perspectiva vana. Pablo sigue enseñando que el pensamiento del creyente es diariamente contrario al pensamiento ignorante y entenebrecido de los Gentiles. “*Más vosotros no habéis aprendido así a Cristo*”(v. 20). Mientras que los Gentiles son ignorantes, “*la verdad está en Jesús*”(v.21). A diferencia de los gentiles quienes están alienados (ajenos) de la vida de Dios, el Cristiano ha hecho a un lado al viejo hombre y ha sido “*renovado en el Espíritu de su mente*”(v.22-23). Este “*nuevo hombre*” es distinto en virtud de la “*santidad de la verdad*”(v. 24). El Cristiano es completamente diferente del mundo cuando se trata del intelecto y de la erudición; él no sigue los métodos neutrales del incrédulo; sino que, por la gracia de Dios, tiene nuevos compromisos, nuevas presuposiciones, en su pensamiento.

Por lo tanto, el Cristianismo que va en pos de la neutralidad en su pensamiento ¡en realidad se encuentra haciendo el esfuerzo de borrar el hecho que es Cristiano! Al negar su compromiso religioso distintivo se reduce a patrones apóstatas de pensamiento y se expone a ser absorbido por el mundo del incrédulo. Intentar encontrar un *compromiso* entre las demandas de neutralidad del mundo (*agnosticismo*) y las doctrinas de la Palabra de Cristo, resulta en el rechazo del Señorío distintivo de Cristo al borrar el gran trecho que existe entre el pensamiento del viejo hombre y el del nuevo.

Tal compromiso ni siquiera es posible. “*Ninguno puede servir a dos señores*” (Mateo 6:24). No debiese sorprender que, en un mundo donde todas las cosas han sido creadas por Cristo (Colosenses 1:16) y son sustentadas por la palabra de Su poder (Hebreos 1:3), y donde todo el conocimiento está depositado en Él quién es la Verdad (Colosenses 2:3; Juan 14:6) y quién debe ser Señor sobre todo pensamiento (2 Corintios 10:5), **la neutralidad en realidad es sinónimo de immoralidad.** “Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4:4).

¿Tiene Ud. el coraje de su carácter Cristiano distintivo en lo relativo a la erudición, la apologética, los estudios, o ha Ud. estado tratando de borrar el contaste entre el pensamiento Cristiano y el pensamiento apóstata al seguir las demandas de la neutralidad?. Puesta en la perspectiva bíblica esta cuestión puede ser replanteada de esta manera: ¿Opera tu pensamiento bajo el Señorío de Cristo Jesús o te has convertido en enemigo de Dios por medio de patrones de pensamientos neutrales, agnósticos e incrédulos?. Escoge este día a quién servir.

Tomando de A Biblical Introduction to Apologetics (por Dr. Greg L. Bahnsen). Sílabo del curso del mismo nombre impartido en el Southern California Center for Christian Studies.

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org

La Naturaleza del Pensamiento No-Creyente

Se ha mostrado en las partes I y II del presente estudio que una discusión acerca de la demanda por neutralidad en nuestros procesos de estudio, de apologética o educacionales a producido resultados desafortunados. Le roba a uno todos los tesoros de la sabiduría que existen. Segundo, se ha demostrado que tomar una aproximación neutral en cuanto al conocimiento es algo de carácter inmortal, haciendo que se opaquen nuestros distintivos Cristianos hasta finalmente integrarnos en los cambios rebeldes del punto de vista no-creyente. Finalmente, se ha hecho notar que en realidad es imposible para el Cristiano genuino ser neutral en su vida intelectual, pues tal neutralidad en un Cristiano implicaría un compromiso dual: uno con el agnosticismo secular, y otro con la Fe que salva (*e.d.* “servir a dos señores”).

Volviendo a *Efesios 4* y *Colosenses 2*, averigüemos cual es el verdadero carácter del *pensamiento neutralista*. ¿Qué tipo de pensamiento es aquel que no se basa en sí mismo en las enseñanzas del hijo de Dios, que se abstiene de presuponer las doctrinas de Cristo?

Pablo nos dice en *Efesios 4* que seguir los métodos dictados por el punto de vista intelectual de aquellos que se encuentran fuera de la relación de *salvación* para con Dios es tener una mente vana y un entendimiento entenebrecido (*vv.17-18*). El pensamiento *neutralista*, entonces, se caracteriza por la futilidad intelectual y la ignorancia. En la luz de Dios somos capaces de ver la luz (*cf. Salmos 36:9*). Volvemos de la dependencia intelectual de la luz de Dios, la verdad acerca y de Dios, es volvernos del conocimiento a la oscuridad de la ignorancia. Así que si un Cristiano quisiese iniciar sus tareas de razonamiento desde una posición de neutralidad, debiese entonces estar dispuesto – en realidad – a comenzar sus procesos de pensamiento en la oscuridad. No va a permitir entonces que la Palabra de Dios sea una luz en su camino (*cf. Salmo 119:105*). Continuar caminando en neutra lidad es ir dando tumbos en la oscuridad. Ciertamente que Dios no es honrado por tal pensamiento como Él debiera, y en consecuencia Dios hace que tal razonamiento sea *vano* (*Romanos 1:21b*). A la vista de Dios la neutralidad se cuenta como vanidad.

La “*filosofía*” que no encuentra su punto de partida y dirección en Cristo es más adelante descrita por Pablo en *Colosenses 2:8*. De vez en cuando se ha pensado erróneamente que este pasaje condena cualquier filosofía, que sin ningún tipo de calificación el Cristiano debe evitar el pensamiento filosófico como si fuese una plaga. Sin embargo, una lectura cuidadosa del pasaje evidenciará que esto no es así. Pablo **no** desaprueba la filosofía absolutamente, pues él delinea ciertas calificaciones. Lo que se señala es que hay una *clase particular* de pensamiento filosófico que Pablo ve con desdén. Pablo no está en contra del “*amor a la sabiduría*” (*e.d.* “*filosofía*”, *del griego, per se*). La filosofía está bien en tanto que uno se encuentre con la *sabiduría genuina* – lo cual significa, para Pablo, encotrarse con *Cristo* (*Col. 2:3*).

Sin embargo, hay una especie de “*filosofía*” que no inicia con la verdad de Dios, las enseñanzas de Cristo. En su lugar esta filosofía toma su dirección y encuentra su origen en los principios aceptados por los intelectuales de este mundo – en las tradiciones de los hombres. Tal filosofía es el sujeto de la desaprobación de Pablo en *Colosenses 2:8*. Es bien instructivo para nosotros, especialmente si estamos inclinados a aceptar las demandas de la neutralidad en nuestro pensamiento, a investigar la caracterización que él hace de tal tipo de filosofía.

Pablo dice que son: “*huecas sutilezas*”. ¿Qué tipo de pensamiento es éste que puede ser caracterizado como “*hueco*” (*o vano*)?. Una respuesta rápida se encuentra por comparación y contraste en pasajes escriturales que hablan de la vanidad (*e.d. Deut.32:47; Filipenses 2:16; Hechos 4:25; I Cor. 3:20; I Tim. 1:6; 6:20; 2 Tim. 2:15-18; Tito 1:9-10*). El pensamiento vano es aquel que no está en concordancia con la Palabra de Dios. Un estudio similar demostrará que el pensamiento “*engañoso*” es aquel que está en oposición a la Palabra de Dios (*cf. Hebreos 3:12-15; Efesios 4:22; 2 Tesalonicenses 2:10-12; 2 Pedro 2:13*). El “*engaño vano*” contra el cual Pablo nos advierte, es la filosofía que opera aparte de, y en contra de, la verdad de Cristo. Note la advertencia en *Efesios 5:6*, “*Nadie nos engañe con palabras vanas*”. En *Colosenses 2:8* se nos dice que tengamos cuidado no sea que seamos robados (*engañosados*) por medio de *huecas sutilezas*.

Pablo más adelante caracteriza este tipo de filosofía como “según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo”. Esto es, esta filosofía hace a un lado la Palabra de Dios y la hace vana (*cf. Marcos 7:8-13*), y hace esto al comenzar con los *elementos del aprendizaje* dictados por el mundo (*e.d., los preceptos de los hombres; cf Col. 2:20,22*). La filosofía que Pablo señala es aquella cuyo razonamiento sigue las *presuposiciones (las nociones elementales)* del mundo, y por lo tanto “*no según Cristo*”.

Se entiende a partir de estos puntos que el Cristiano se afana por operar en neutralidad en el mundo del pensamiento es (1) no neutral después de todo, y por lo tanto (2) en peligro de, sin desearlo de veras, apoyar nociones que son hostiles a su Fe Cristiana. ¡Mientras se imagine que su neutralidad intelectual es compatible con la profesión Cristiana, en realidad tal creyente estará operando en términos de la incredulidad! Si se rehusa a presuponer la verdad de Cristo, en su lugar invariablemente terminará presuponiendo los puntos de vista del mundo. Todos los hombres tienen sus presuposiciones, ninguno es neutral. ¡Serán tus presuposiciones las enseñanzas de Cristo o el engaño vano contra el cual Pablo advierte? ¡Escoge hoy a quien has de servir! (*I Reyes 18:21*).

Tomado de “A Biblical *Introduction to Apologetics*” (*por Dr. Greg L. Bahnsen*). Silabo del curso del mismo nombre impartido en el Southern California Center for Chirstian Studies.

La Mente del Nuevo Hombre

Enraizada en Cristo

El creyente es orientado a evitar la filosofía que se encuentre enraizada en presuposiciones mundanas, humanistas y no-Cristianas. En su lugar se llama a estar *enraizado* en Cristo y establecido en la fe (*Col. 2:7*); sus presuposiciones deben ser los preceptos y la doctrina de Cristo, no las fútiles tradiciones de los hombres (*cf. vv. 3,4,22;3:1-2*). Esto elimina la necesidad de recurrir a la neutralidad y prohíbe el que se vaya en pos de ella. La neutralidad es en realidad agnosticismo velado o incredulidad – en fracaso de caminar en Cristo, un oscurecimiento del compromiso y los distintivos Cristianos, y una supresión de la verdad (*cf. Rom. 1:21,25*).

Por lo tanto Pablo nos manda a estar enraizado en Cristo y a rehuir las presuposiciones del secularismo. En el verso 6 de Colosenses 2 él explica muy simplemente cómo debiésemos de vivir nuestras vidas (incluyendo nuestros procesos relacionados a la erudición), cimentados en Cristo y por tanto asegurándonos de que nuestro razonamiento sea guiado por presuposiciones Cristianas. Él dice: “*Por tanto, de la manera que lo habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él*”; es decir, caminen en Cristo de la misma manera que lo recibieron. Si hacemos esto entonces seremos “*arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados (v. 7)*”. ¿Cómo te volviste un Cristiano? Según el mismo patrón debieses crecer y madurar en tu caminar Cristiano.

Cuando uno se vuelve un Cristiano su fe no ha sido generada por los patrones de pensamientos de la sabiduría humana. El mundo en su sabiduría no ha conocido a Dios (*I Cor. 1:21*) sino que considera locura la palabra de la cruz (*I Cor. 1:18; 2b*). Entonces, si uno mantiene la perspectiva del mundo, nunca mirará la sabiduría de Dios por lo que realmente es; por lo tanto nunca estará “*en Cristo Jesús*” quien es hecho para los creyentes “*sabiduría de Dios*” (*I Cor. 1:30*). De donde la *Fe*, más que la perspectiva auto-suficiente, te hace un Cristiano, y esta confianza es dirigida hacia Cristo, no hacia nuestros propios intelecto. Es decir que la manera en que recibimos a Cristo es contraria a la sabiduría de los hombres (la perspectiva del pensamiento secular con sus presuposiciones) y obtiene, por la iluminación del Espíritu Santo, la mente de Cristo (*I Cor. 2:12-26*). Cuando uno se vuelve un Cristiano su fe permanece no en la sabiduría del hombre sino en la poderosa demostración del Espíritu (*I Cor. 2:4-5*).

Es más, es el Espíritu Santo quien causa que todos los creyentes digan “*Jesús es Señor*” (*I Cor. 12:3*). Jesús fue crucificado y ascendido con el propósito de que Él fuese confesado como Señor (*cf. Rom. 14:9; Fil. 2:11*). Por lo tanto Pablo puede resumir este mensaje que debe ser confesado si es que somos salvos como “*Jesús es Señor*” (*Rom. 10:9*). Para volverse un Cristiano uno se somete al señorío de Cristo; renuncia a la autonomía y se somete bajo autoridad del Hijo de Dios. Aquel a quien Pablo dice que recibimos, de acuerdo a Colosense 2:6, es Cristo Jesús el Señor. Como Señor sobre el creyente, Cristo le requiere al Cristiano que le ame con cada facultad que él posea (incluyendo su mente, Mateo 23:37); cada *pensamiento* debe ser traído cautivo a la obediencia a Cristo (*2 Cor. 10:5*).

En consecuencia, cuando Pablo nos dirige a caminar en Cristo según el mismo modelo en que le recibimos, podemos por lo menos ver que: el caminar Cristiano no honra los patrones de pensamiento de la sabiduría del mundo sino que se somete al Señorío epistémico de Cristo (es decir, Su autoridad en el área del pensamiento y el conocimiento). De esta manera una persona viene a la Fe y lleva adelante su llamado – sea que esté involucrado en los estudios, la apologética o la erudición.

Si el cristiano va a evidenciar *compromiso* el Señorío personal de Cristo y a presuponer la palabra del Señor, entonces estará caminado en Cristo según la manera en que le recibió. Como resultado de esto tú estarás “*arraigado en Él*” en vez de estar enraizado en las presuposiciones apóstatas de la filosofía mundana, y seremos capaces de mirar “*la firmeza de vuestra fe en Cristo*” (*Col. 2:5*). Tal fe firme, presuposicional, en Cristo resistirá las demandas del mundo secular por neutralidad y rechazará los estándares del incrédulo sobre el conocimiento

y la verdad a favor de la autoridad de la palabra de Cristo. Esta fe no será *saqueada* de todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento que se encuentran escondidos en Cristo, ni será engañada por el discurso sutil y el engaño vano de las filosofías seculares (vv. 3-8) Por lo tanto, la precondición necesaria de la erudición Cristiana genuina es que el creyente (junto con todo su pensamiento) esté “*arraigado en Cristo*” (v. 7). Interesantemente, el tiempo del verbo en el Griego para “*arraigado*” en este verso sugiere una acción que ha sido realizada y lograda en el pasado pero cuya fuerza y efecto continúa en el presente - ¡lo cual es precisamente el punto de Pablo en el verso 6! Los principios que se aplican al caminar Cristiano (incluyendo lo relacionado al pensamiento) son los mismos que se aplicaron a su previa recepción de Cristo en la conversión. El estudiioso Cristiano, habiendo sido arraigado en Cristo al renunciar a la autoridad de la sabiduría secular por el Señorío de Cristo, debe llevar adelante sus empresas de erudición continuando arraigado en Cristo según el mismo patrón o esquema.

Por lo tanto, el hombre nuevo, el creyente con una mente renovada que ha sido enseñado por Cristo, ya no ha de caminar en la vanidad intelectual y la oscuridad que caracterizan al mundo incrédulo (*lea Efesios 4:17:21*). El Cristiano tiene nuevos compromisos, nuevas presuposiciones, un nuevo Señor, una nueva dirección y meta – él es un *nuevo hombre* – y esa novedad se expresa en su pensamiento y erudición, pues (como en todas las otras áreas) *Cristo* debe tener la *preeminencia* en el mundo del pensamiento (*cf. Col. 1:18b*). Debemos coincidir con el Dr. Cornelius Van Til al decir:

Es Cristo como Dios quien habla en la Biblia. Por lo tanto la Biblia no apela a la razón humana como juez último con el propósito de justificar lo que dice. Llega al ser humano con absoluta autoridad. Su declaración es que la razón humana debe en sí misma ser considerada en el sentido en el cual la Escritura la toma, es decir, como creada por Dios y por lo tanto apropiadamente sujeta a la autoridad de Dios... Los dos sistemas, el del no-Cristiano y el del Cristiano, difieren por el hecho de que sus nociones básicas, sus presuposiciones, difieren. Sobre la base no-Cristiana se asume que el hombre es el punto de referencia final... el método Reformado... comienza francamente “*desde arriba*”. Debiese “*presuponer*” a Dios. Pero al presuponer a Dios no puede ponerse a sí mismo, en cualquier punto, en una base neutral con el no-Cristiano... Los creyentes mismos no han escogido la posición Cristiana porque ellos eran más sabios que los demás. Lo que tienen lo tienen solamente por Gracia. Pero este hecho no significa que deben aceptar la problemática del hombre caído como correcta ni aún como probable o posiblemente correcta. Pues la esencia de la idea de la Escritura es que ella y *solamente* ella es el criterio para la verdad. (*Una Teoría Cristiana del Conocimiento, Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1969, pp. 15, 18, 43*).

Tomado de “A Biblical *Introduction to Apologetics*” (por Dr. Greg L. Bahnsen). Silabo del curso del mismo nombre impartido en el Southern California Center for Christian Studies.

Capítulo Seis

Sumario y Aplicaciones

La Autoridad Auto-Atestigua de Dios

El material de los cinco estudios pasados puede ser arreglado en el siguiente sumario tópico:

1. Todo el conocimiento está depositado en Cristo; el conocimiento que el hombre tenga de la verdad depende del conocimiento primario que Dios posee, comienza con el temor del Señor, y requiere sumisión a la palabra de Dios.
2. La filosofía que no presuponga la palabra de Dios es un engaño vano; por medio de suprimir la verdad, someterse a las tradiciones de los hombres y razonar de acuerdo con las presuposiciones del mundo en vez de Cristo, tal pensamiento dirige a una mente entenebrecida y a conclusiones inútiles. Dios hace *necia* la sabiduría del mundo.
3. Esforzarse por tomar una posición neutral entre presuponer la palabra de Dios y no presuponerla es un intento inmoral de servir a dos señores.
4. El pensamiento neutralista borraría la distintividad Cristiana, nublaría la antítesis entre la perspectiva mundana y la creyente, e ignoraría el abismo existente entre el “*viejo hombre*” y el “*nuevo hombre*”. El Cristiano que busca la neutralidad, sin quererlo, apoya nociones que son hostiles a su Fe.
5. El Cristiano es un “*hombre nuevo*”, teniendo una mente renovada, nuevos compromisos, una nueva dirección y una nueva meta, un nuevo Señor, y por lo tanto nuevas presuposiciones en el mundo del pensamiento; el pensamiento del creyente debiese estar arraigado en Cristo (según la misma manera en la que él fue convertido): sometiéndose a Su Señorío epistémico antes que a los patrones de pensamiento de la pseudo filosofía apóstata. El Cristiano renuncia a la arrogancia de la autonomía humana y busca amar a Dios con toda su mente y razonar de tal manera que Dios reciba toda la gloria.
6. Así que las alternativas son sumamente claras: o fundamentas todo tu pensamiento en la palabra de Cristo y como consecuencia obtienes los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, o sigues los dictados del pensamiento autónomo y ser, por lo tanto, engañado y robado de un genuino conocimiento de la verdad.
7. Por lo tanto, la palabra de Dios (en las Escrituras) tiene absoluta autoridad para nosotros y es el criterio final para la verdad.

Por el hecho de que Dios es el soberano Creador de los cielos y de la tierra, por el hecho de que el mundo y la historia son lo que son por lo que Su Plan ha decretado, por el hecho de que el hombre es una criatura hecha a la imagen de Dios, debemos concluir que todo conocimiento que el hombre posea es recibido de Dios, quien es el originador de toda verdad y la Verdad original. Nuestro conocimiento es un **reflejo**, una reconstrucción receptiva, del conocimiento primario. Absoluto y creativo de la mente de Dios. Debemos pensar sus pensamientos *según* Él – como lo declara la primera premisa. Al suprimir la verdad de Dios, entonces, el pensamiento de uno y su capacidad interpretativa necesariamente serán mal dirigidos al error y a la ridiculez (premisa 2). No puede haber un territorio medio; uno conscientemente comienza con Dios en sus pensamientos, o no lo hace (premisa 3). Los creyentes que tratan de establecer tal territorio neutral deben, entonces, o perder su propio terreno sólido o terminar operando bajo el fundamento del no creyente (el cual no es fundamento del todo) – como se indica en la premisa 4. La misma naturaleza de lo que es ser, volverse y vivir como un Cristiano establece suficientemente que el creyente debe presuponer la verdad de la palabra de Dios y renunciar a cualquier reclamo de autosuficiencia o de neutralidad (premisa 5).

Y así uno es confrontado con una obvia opción de vivir bajo la autoridad de Dios o no (premisa 6). El reflexionar sobre la distinción Creador/creatura (con la cual se inició el párrafo anterior) no puede fallar en

dirigirnos, entonces, a la conclusión (premisa 7) de que la voz del Creador es la voz de la autoridad absoluta e incuestionable; Su palabra debe ser el estándar por el cual juzgamos todas las cosas y el punto de partida de nuestro pensamiento. Tal es la inevitable enseñanza de la Escritura (de la cual han sido derivados los puntos anteriores).

Los hombres debiesen notar que cuando Jesús enseñó, lo hizo con seguridad auto-atestiguada y no como uno cuyas opiniones tenían que ser respaldadas por la autoridad de otras consideraciones o de otras personas (*Mateo 7:29*). Por lo tanto, ningún hombre tiene la prerrogativa de cuestionar la palabra de Cristo. Si un hombre no recibe ni obedece las palabras de Cristo. Si un hombre no recibe ni obedece las palabras de Cristo, entonces no solamente es él un necio que construye su vida sobre arena insegura (*Mateo 7:26-27*), sino que él mismo será juzgado por esas mismas autoritativas palabras (*Juan 12:48-50*). La palabra de Dios tiene autoridad suprema. “*¡Ay del que contiene con su Hacedor!*” (*Isaías 45:9*).

El estándar por el cual juzgamos todas las enseñanzas debe ser esta palabra de autoridad venida de Dios (*I Juan 4:11; Deut 13:1-4*). “*¡A la ley y al testimonio! Si ellos no hablan de acuerdo con esta palabra, es que no les ha amanecido*” (*Isaías 8:20*). Si fallas en someterte presuposicionalmente a la palabra autoritaria y auto-atestiguada de Dios, entonces serás de “doble ánimo” e inconstante en todos tus caminos, llevado por los vientos y sacudidos de allá para acá (*Santiago 1:5-8*). En lugar de ser dirigido por el *viento* del Espíritu de Dios, serás llevado por cualquier viento de doctrina por medio de la astucia del pensamiento humanista y las artimañas de error (*Efesios 4:13-14*). Por lo tanto, debemos **incondicionalmente** asirnos a la confesión de nuestra esperanza Cristiana (*Hebreos 10:23*). Oigamos la afirmación de Dios: “*Yo soy Jehová, que hablo lo que es justo y declaro lo que es recto*” (*Isaías 25:19*). Su palabra, desde el mismo principio, debe ser contada por autoritativamente verdadera; uno no debe vacilar en este respecto. La veracidad de Dios es el último estándar para nuestros pensamientos: “*Antes bien, sea Dios veraz, aunque todo hombre sea mentiroso*” (*Romanos 3:4*).

La palabra del Señor es auto-atestiguada, verdadera y autoritativa. Es el criterio que debemos usar al juzgar todas las otras palabras. Por lo tanto, la palabra de Dios es incuestionable. Debe ser la roca de fundamento de nuestros pensamientos y vivir (*Mateo 7:24-25*). Es nuestro punto de partida presuposicional. Todo nuestro razonamiento debe estar subordinado a la palabra de Dios, pues ningún hombre está en posición de replicar en contra de ella (*Romanos 9:20*) y cualquiera que contienda con Dios terminará siendo retado a responder (*Job 40:1-5*). No deben ser las cambiantes opiniones de los hombres las que deban tener la preeminencia en nuestros pensamientos, sino la autoatestiguada, autoritaria y últimamente *veraz* palabra de Dios, pues “*¿Truenas con una voz como la de él?*” (*Job 40:9*).

CAPÍTULO OCHO

Valor Humilde, no Oscurantismo Arrogante

Greg L. Bahnsen

Es una pena que los eruditos, apologistas y filósofos Cristianos se hayan olvidado tan a menudo de hacer un estudio detallado del libro de Proverbios en sus intentos por exponer y trabajar a partir de una epistemología (teoría del conocimiento) Bíblica. El libro abunda en alusiones y referencias a la sabiduría, la instrucción, la necesidad, el entendimiento, etc. Proverbios ciertamente que puede ayudarnos en el desarrollo y elaboración del enfoque presuposicional del conocimiento que se ha discutido previamente en nuestra serie.

En el último estudio escuchamos tres argumentos comunes que se dirigen contra la posición del presuposicionalismo Bíblico. El primero era que éste equivalía a arrogancia y orgullo intelectual. Requiere que cada pensamiento, sin quedar por fuera uno solo, sea traído a la obediencia a Cristo, pues de otra manera lo que resultará será una ignorancia necia. Enseña que los hombres que no comiencen con el temor de Dios no pueden alcanzar un conocimiento genuino acerca de cualquier cosa. Critica la actitud de neutralidad por parte de la erudición hacia la palabra de Dios. En la batalla con la incredulidad demanda una entrega *incondicional* por parte de los no-Cristianos y lamenta la claudicación por parte de pensadores Cristianos quienes quisieran tomar un enfoque más “razonable” o “tolerante.” Ahora, se pregunta, ¿qué podría generar tal visión tan rigurosa excepto la valoración indebida de los pensamientos y habilidades propias? ¡Una auto-estima impresionante!

¿Cómo ha de responder el presuposicionalista? ¿Debe él defender la arrogancia oscurantista? ¿O debe confesar que se ha acercado peligrosamente al abismo del auto-engrandecimiento? Se han seguido, de diferentes maneras, ambos enfoques en los círculos Cristianos en los años pasados. Ambos han perjudicado el testimonio Cristiano, uno fallando en evidenciar el fruto Espiritual requerido y apropiado, el otro fallando en establecer el rigor pleno y apropiado del pensamiento escritural. La sabiduría de Proverbios puede guiarnos entre estos dos extremos desafortunados. Leemos en Proverbios 15:32-33,

El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma; mas el que escucha la corrección tiene entendimiento.

El temor de Jehová es enseñanza de sabiduría; y a la honra precede la humildad.

Necesitamos concentrarnos en ambas realidades presentadas en este pasaje.

Primero, el Cristiano debe en verdad ser valiente y audaz en su desafío hacia las epistemologías de la incredulidad y la de claudicación. El hombre que no escuche la corrección en la que se le requiere estar sometido al Señorío de Cristo en el ámbito del pensamiento, ese hombre está menospreciando su propia alma. El Cristiano debe testificar de manera consistente a tal pensador de que el entendimiento es, en realidad, solamente posible cuando se hace caso de la corrección del evangelio. Al hacer concesiones frente a los estándares de la incredulidad o frente a los métodos en el ámbito del pensamiento es

hacer un grave perjuicio a las necesidades de aquellos con quienes hablamos: el estar dispuesto a asumir una posición de neutralidad conducirá a cualquier cosa *excepto* a la salud espiritual de nuestros oyentes. Los hechos deben ser presentados sin vacilación: el razonamiento que no esté edificado sobre la presupuesta palabra de Cristo es conducido hacia la necesidad intelectual y hacia la muerte espiritual. La corrección y la amonestación de la Escritura no pueden ser diluidas.

El erudito Cristiano, tanto como cualquier creyente en la obra redentora y Señorío de Cristo, debe comunicar a aquellos con quienes se contacta que el arrepentimiento y la fe son requeridos por Dios. El erudito Cristiano debe ser valiente en esto, “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios” (2 Cor. 10:5). Al defender la fe debe ser firme en proclamar “sea Dios veraz y todo hombre mentiroso” (Rom. 3:4). Les debe señalar, a aquellos que no presupongan la verdad de la palabra de Dios, que sus mentes necesitan ser renovadas (Efe. 4:23). Debido a que viven en *ignorancia*, tales hombres se deben *arrepentir* (Hechos 17:30) – deben mostrar un “cambio de mente” (como sugiere la palabra Griega para “arrepentimiento”) y una re-orientación. El arrepentimiento es *hacia la fe* (e.g., Mat. 21:32) y el creer o *fe precede al conocimiento* (2 Pedro 1:5). El sendero de la ignorancia hacia el conocimiento es recorrido por la fe que ha experimentado el arrepentimiento. El presuposicionalismo, en verdad, debe ser presentado *audazmente* en el ámbito del pensamiento, sin disculpas por la firmeza de sus demandas.

Sin embargo, hay una segunda realidad en el pasaje de Proverbios antes citado. El no-presuposicionalista debe no solo recibir la corrección y amonestación de la palabra de Dios (a saber, que el principio de la sabiduría es el temor del Señor), sino que el erudito Cristiano, quien presupone la verdad de la Escritura en sus esfuerzos intelectuales, debe estar totalmente consciente de que su sabiduría *no le es propia de manera inherente* sino que descansa completamente en el temor del Señor. Sin esa reverencia, el erudito Cristiano sería tan necio como todos los demás hombres. Su sabiduría no se debe a una habilidad mental o profundidad de percepción superiores; en lugar de ello le ha sido dada por Dios. Señalamos antes que el arrepentimiento y la fe son requisitos para el conocimiento. El Cristiano, quien posee un conocimiento de la verdad, lo posee solo porque la fe le ha sido dada como un don (Efe. 2:8-9) y le ha sido otorgado arrepentimiento por parte del Señor (Hch. 5:31; 11:18). Para poder tener fe debes ser *nacido de Dios* (1 Juan 5:1) quien provee arrepentimiento para un conocimiento genuino de la verdad (2 Tim. 2:25). El Cristiano se halla en una posición de conocimiento solo por la gracia de Dios. Su renacimiento espiritual no es algo que venga de sí mismo sino únicamente el resultado de la misericordia de Dios (Ezeq. 11:19-20; Juan 1:13; Rom. 9:16). Esta regeneración llena de gracia le ha conferido una mente nueva.

En verdad, como Pablo enseña, el Cristiano recibe las cosas del Espíritu únicamente al ser transformado de la hostilidad natural a la sumisión gozosa. El creyente tiene ahora la “mente de Cristo” en lugar de la mente necia del hombre natural (1 Cor. 2:16 en contexto). Esta es la fuente de su sabiduría y conocimiento; el honor de conocer la verdad brota de la gracia inmerecida de Dios. Por lo tanto, al erudito Cristiano le corresponde la humildad. En Filipenses 2, donde Pablo nos exhorta a tener “la mente de Cristo,” continúa describiéndonos a este Cristo como uno que “se humilló a sí mismo.” Así pues, Proverbios nos enseña que antes de tal honor, en lo que respecta a la instrucción de la sabiduría – antes de tal sabiduría que descansa en el temor del Señor – viene la *humildad*. El erudito

Cristiano no tiene nada de qué jactarse en sí mismo. Debe ser humilde ante el mundo, reconociendo que su conocimiento depende de la obra de Dios, llena de gracia, en él.

Por tanto, la epistemología presuposicional demanda dos actitudes. Ambas actitudes son inherentes a la misma posición. Primero, el presuposicionalista debe ser *valiente* y audaz, pues el conocimiento es imposible si se deja de presuponer la verdad de Dios. Segundo, debe ser *humilde*, pues la razón por la cual presupone la verdad de Dios (y la única razón por la cual cualquier hombre puede llegar a tal presuposición) reside solo en la gracia de Dios. El temor del Señor es fundamental para la sabiduría, y por lo tanto el sabio ha de ser humilde. Entonces, el erudito Cristiano debe evidenciar una *valiente humildad* en su confrontación con otros en el ámbito del pensamiento.

Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno (Col. 4:5-6).

CAPÍTULO NUEVE

REVELACIÓN INELUDIBLE, CONOCIMIENTO INELUDIBLE

Habiendo descartado la acusación insultante de arrogancia oscurantista en la epistemología presuposicional, seguimos adelante para considerar un segundo tipo de crítica que se dirige comúnmente a la posición. Una teoría bíblica del conocimiento proclama el requerimiento absoluto de la verdad revelada de Dios como el fundamento tácito del entendimiento y el conocimiento.

En contra de tal perspectiva se ha señalado con insistencia que el no creyente sería reducido al nivel de la estupidez ineludible – privado de cualquier clase de conocimiento. Si las presuposiciones Cristianas son necesarias para el entendimiento, entonces ¡supuestamente el no Cristiano no puede entender nada en lo absoluto! No obstante, a partir de lo que vemos en el mundo a nuestro alrededor y de lo que leemos en la historia, está claro que los no creyentes han conseguido y logrado el conocimiento de muchas cosas. Así pues, parecería que la epistemología presuposicionalista implica algo que es patentemente falso, en cuyo caso el presuposicionalismo es falso en sí mismo.

Pero, ¿implica realmente el presuposicionalismo tal cosa? No, lejos de eso. De hecho, el presuposicionalista afirma que únicamente su posición epistemológica *garantiza* que los no creyentes *pueden* hacer contribuciones positivas al edificio del conocimiento. Lo que el crítico ha inferido erróneamente es que, si las presuposiciones reveladas son necesarias para el entendimiento del mundo, entonces los no Cristianos son totalmente ignorantes *puesto que no reconocen las presuposiciones reveladas*.

Sin embargo, el presuposicionalista sostiene que el no creyente *puede* llegar a saber ciertas cosas (*a pesar* de su rechazo sostenido de la verdad de Dios) por la simple razón de que él *sí tiene* presuposiciones reveladas – y *no puede sino tenerlas* como una criatura hecha a la imagen de Dios y que vive en el mundo creado de Dios. Aunque niega la verdad de Dios, en apariencia y con vehemencia, ningún no creyente carece, en su interior y de manera sincera, de un conocimiento de Dios. Claro está que no es un conocimiento *salvador* de Dios, pero incluso como conocimiento condenatorio la revelación natural todavía provee un conocimiento de Dios. De este modo, de acuerdo a la epistemología Bíblica, mientras los hombres niegan a su Creador sin embargo poseen un conocimiento ineludible de Él; y debido a que conocen a Dios (aún cuando le conozcan en maldición y condenación) son capaces de obtener un entendimiento limitado del mundo.

Como puede ver el no creyente, en realidad, es de doble pensamiento. En el fondo todos los hombres conocen a Dios como Sus *criaturas*, pero como *pecadores* todos los hombres se rehúsan a reconocer a su Creador y a vivir por Su revelación. Por tanto, podemos decir que los hombres, al mismo tiempo, conocen y no conocen a Dios; le *conocen* en juicio y en virtud de la revelación natural, pero *no* le conocen en bendición a menos que lo sea en virtud de la revelación sobrenatural y la gracia salvadora. Aunque dificultada por su condición moral la erudición del no creyente no está completamente extinta. Puede obtener conocimiento *a pesar* de él mismo. *En principio* su incredulidad le impediría el entendimiento de cualquier cosa, pues (como dijo

Agustín) uno debe creer para entender. Sin embargo, *en la práctica* el no creyente es restringido de seguir, de una manera consistente y auto-destructiva su profesión de incredulidad.

Si el no creyente fuera un total idiota estaría libre de culpa. Pero el punto de Pablo en Romanos 1 es que la rebelión del no creyente es premeditada y con conocimiento de causa; peca contra su mejor conocimiento y es, de este modo, “inexcusable” (vv. 20-21). Y aunque detiene este mejor conocimiento con injusticia (v. 18), ese conocimiento provee un fundamento de su entendimiento (limitado pero real) del mundo de Dios.

Central a la posición del presuposicionalismo Bíblico se halla la afirmación de la claridad y la condición inevitable de la revelación natural. El mundo fue creado por la palabra de Dios (Gén. 1:3; Juan 1:3; Col. 1:16; Heb. 1:2) y refleja, de ese modo, la mente y el carácter de Dios (Rom. 1:20). El hombre fue creado como la imagen de Dios (Gén. 1:26-27) y por tanto no puede escapar del rostro de Dios. No existe medio ambiente donde el hombre pueda huir para escapar de la presencia revelacional de Dios (Sal. 139:8). La revelación natural de Dios sale hasta los confines del mundo (Sal. 19:1-4) y todos los pueblos ven Su gloria (Sal. 97:6). Por lo tanto, aún cuando vivan en abierta rebelión (idolatría), los hombres se hallan en la condición de “conocer a Dios” (Rom. 1:21) – *el* Dios vivo y verdadero, no meramente “un dios.” Dios ilumina a todos los hombres (Juan 1:9), y así Calvino declara:

Pues sabemos que los hombres tienen esta cualidad única por encima de los otros animales, que están dotados de razón e inteligencia y que portan la distinción entre lo que es correcto y lo que es incorrecto grabada en su conciencia. Por lo tanto, no hay hombre a quien no le penetre alguna conciencia de la luz divina... la luz común de la naturaleza, algo mucho más bajo que la fe.

(*Comentarios de Calvino*, tr. T.H.L. Parker; Grand Rapids: Eerdmans 1959).

Debido a que el no creyente es inconsistente en su adhesión a una negativa de la verdad de Dios, debido a que él y el mundo no son lo que él profesa que son, el no creyente dispone de algún conocimiento. Por tanto, la antítesis entre el creyente y el no creyente es absoluta solamente *en principio* en este momento. Van Til observa con razón:

Se dice que el contraste absoluto entre el Cristiano y el no Cristiano en el campo del conocimiento es uno de principios. Se hace un pleno reconocimiento del hecho que a pesar de este absoluto contraste de principio, hay un bien relativo en aquellos que son malos... En tanto que los hombres operen auto-conscientemente a partir de este principio no tienen ninguna noción en común con el creyente... Pero, en el curso de la historia, el hombre natural no es totalmente auto-consciente de su propia posición... Tiene, en su interior, el conocimiento de Dios en virtud de su creación a la imagen de Dios. Pero esta idea de Dios es suprimida por su principio falso, el principio de autonomía. Este principio de autonomía es, a su vez, suprimido por el poder restrictivo de la gracia común de Dios... Y por el poder del Espíritu... su hostilidad es frenada en alguna medida... Y, como tales, puede cooperar en virtud de la restricción ética de la gracia común.

(*La Defensa de la Fe*; Presbyterian and Reformed, 1955, pp. 67, 189-190, 194).

Con esto el reto del presuposicionalismo es fortalecido aún más. Todo conocimiento, incluso el conocimiento poseído por el no creyente en injusticia, debe estar fundamentado en la verdad aceptada respecto a Dios. Por lo tanto, tanto el conocimiento del no creyente y la gracia común de

Dios debiesen ser usadas, *no para fomentar la neutralidad*, sino para mostrar las demandas de Dios en cada punto. Van Til dice,

La gracia común no es un don de Dios por el cual, su propio llamado a los hombres al arrepentimiento, quienes han pecado contra Él, es temporalmente opacado. La gracia común debe más bien servir al llamado de Dios al arrepentimiento. Debe ser una herramienta por medio de la cual el creyente, como el siervo de Cristo, puede llamar al no creyente al arrepentimiento. Los creyentes pueden mostrarle objetivamente a los no creyentes que la unidad de la ciencia puede lograrse sólo sobre la base teísta Cristiana (*ibid.*, p. 195).

Vemos entonces que la críticas presentadas al principio de este estudio no dañan, sino que más bien sirven para señalar aún más, la fortaleza y la necesidad de la epistemología presuposicional.

Terreno Común Que No Es Neutral

En los dos estudios anteriores hemos visto que la necesidad de presuponer la verdad revelada de Dios con el objetivo de alcanzar el conocimiento de cualquier cosa – desde la composición química del agua hasta el camino de la salvación – no genera (1) una arrogancia irracional, y tampoco (3) priva al no creyente de un conocimiento del mundo. Una tercer acusación en contra de la posición epistemológica del presuposicionalismo Cristiano es que excluye la discusión significativa y la argumentación exitosa con los no Cristianos.

Supuestamente un presuposicionalista niega que haya algún terreno común entre los creyentes y los no creyentes, y así el apologista no tendría ningún punto de contacto con el no creyente y ninguna base sobre la cual podría comunicar ideas.

Una respuesta apropiada a esta línea de ataque requiere que tomemos en cuenta (1) al Dios a quien representamos, (2) el pecador a quien le hablamos, y (3) el contexto en el cual razonamos con él.

El Señor Dios es el *Creador* del cielo y de la tierra (Gén. 1:1); nuestro entendimiento debiese comenzar aquí. Él lo ha hecho *todo* (Éxo. 20:11; Neh. 9:6; Sal. 104:24; Isa. 41:24); “en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles” (Col. 1:16a). Todos los hombres son Su creación, el rico y el pobre (Prov. 22:2). “Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo” (Prov. 16:4): “todo fue creado por medio de él y para él” (Col. 1:16b). Su dominio soberano se extiende sobre todas las cosas en el mundo. Él hace todas las cosas según Su consejo (Efe. 1:11), y cada minuto del día le pertenece a Él (Sal. 74:16). Él posee todo en la creación, y toda faceta de la vida debiese servirle. “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan” (Sal. 24:1); Dios declara “todo lo que hay debajo del cielo es mío” (Job 41:11; cf. Gén. 14:19; Éxo. 9:29; Deut. 4:39; 20:14; etc.). Como confesó Rahab “Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Jos. 2:11); así pues, la grandeza, el poder, la gloria, la victoria y la majestad son suyas, pues *todo* lo que hay en los cielos y en la tierra son Su posesión (1 Crón. 29:11). El gobierno soberano de Dios se extiende hasta los confines de la tierra (Sal. 59:13), sobre toda alma (Eze. 18:4), en todas las generaciones (Éxo. 15:18; Sal. 10:16; 145:13; 146:10). Por lo tanto, el Dios que creó todas las cosas rige sobre todo (Sal. 103:19).

En este caso todo lo que hay en el ámbito de lo creado debe servir, y ser usado para servir al Señor Creador: “Porque de él, y por él, son todas las cosas” (Rom. 11:36). No hay ni una pulgada cuadrada del mundo, ni una fracción de segundo, que no dependa de Dios, que no sea controlado por Dios o que no le sirva. Por ende, al hombre se le manda que haga *todo* lo que hace para la gloria de Dios (1 Cor. 10:31); se requiere que nuestros cuerpos sean sacrificios vivientes en el servicio a Dios (Rom. 12:1). De hecho, todo lo que hacemos, sea de palabra o de hecho, llega a encontrarse bajo este mandamiento. Incluso el uso de nuestra razón o de nuestras mentes debe hacerse según la dirección de Dios y para Su gloria (2 Cor. 10:5), pues su dominio soberano abarca las áreas de la sabiduría y el conocimiento (Col. 2:3). Así vemos que literalmente es verdad que en *todas las cosas* Dios ha de ser glorificado (1 Pedro 4:11). Debido a que todo y todas las áreas son creadas por Dios nada queda exceptuado del requerimiento de ser consagrado, o puesto aparte, para Él – debemos ser santos en “toda nuestra manera de vivir” (1 Ped. 1:15).

La conclusión de esta línea de pensamiento es poderosamente evidente: no puede haber *ningún terreno neutral* entre el creyente y el no creyente, entre la obediencia y la rebelión, entre respetar y abusar de lo que pertenece a Dios (i.e., todo). “Ninguno puede servir a dos señores” (Mat 6:24); “el que no es conmigo, contra mí es” (Mat. 12:30). Por lo tanto, no hay área en el mundo, en el pensamiento, en palabra, o en hecho que sea irrelevante, indiferente o neutral hacia Dios y Sus demandas. El Cristiano debe reconocer este hecho mientras trata con el no creyente. No hay tema que pueda discutir que carezca de implicaciones religiosas o que esté libre de compromisos religiosos. No existe ninguna zona “desmilitarizada” entre el campo de la incredulidad y las fuerzas obedientes a Cristo. Dios lo posee todo o nada. Todas las áreas de la vida y todos los hechos son lo que son debido al decreto soberano de Dios, y así no hay lugar al que el hombre pueda huir para escapar de la influencia, control y requerimientos de Dios. En el mundo de Dios la neutralidad es imposible.

Además, Dios no solamente ha creado todas las cosas para sí mismo, y no solamente gobierna sobre toda área, sino que se revela a Sí mismo de manera persistente y universal a todos los hombres. Dios nunca se ha dejado a sí mismo sin testimonio (Hechos 14:17). Ningún hombre puede afirmar ignorancia de su Creador, pues Dios mismo se ha dado a conocer manifestándose a todo hombre (Rom. 1:19). De hecho, sus atributos invisibles son claramente visibles por medio del mundo creado (Rom. 1:20). Entonces aquí, una vez más, debemos concluir en que no puede haber *ningún terreno común*, ninguna área que deje de ejercer una presión revelacional sobre el pecador. Dondequiera que mire el pecador se encuentra a sí mismo confrontado por el Dios con quien tiene que habérselas. No puede haber una zona de seguridad donde el pecador pueda huir para refugiarse. Si lo hubiera, el pecador se quedaría allí permanentemente para escapar de su Hacedor. Pero no hay escape de Dios (Sal. 139:7-8).

De modo que el Cristiano debiese esforzarse para traer a los pensadores incrédulos a darse cuenta plenamente del reclamo exhaustivo de Dios sobre ellos. El Dios del universo, universalmente sustentador, universalmente reinante y universalmente revelador no le ha otorgado a la creación – ni puede – ni siquiera la más mínima área de neutralidad. Por consiguiente, el creyente se equivoca al buscar (y presumir encontrar) un tema que no desafíe al no creyente con las demandas presuposicionales que hemos discutido en los estudios previos. La esperanza de que tal tópico o hecho neutral pudiera llegar a ser el punto de partida para un argumento que progresivamente convenza al no creyente de la verdad de la palabra de Dios (pulgada a pulgada) es algo inútil. Cristo es el Señor incluso en el mundo del pensamiento. Ningún hecho, área de conocimiento o sabiduría, deja de revelar Sus requerimientos y manifestar Su control soberano. El punto de partida para el entendimiento no es la neutralidad sino la reverencia al Señor.

Las consideraciones anteriores no solamente establecen que no existe *ningún terreno neutral* entre el creyente y el no creyente, sino que también existe un *terreno común siempre presente* entre el creyente y el no creyente. Lo que debe tenerse en mente es que este terreno común es *el terreno de Dios*. Todos los hombres tienen en común el mundo creado por Dios, controlado por Dios y que revela a Dios constantemente. En este caso, *cualquier* área de la vida o *cualquier* hecho pueden usarse como punto de contacto. La negación de la neutralidad asegura, en lugar de destruir, la base para lo que es común.

Capítulo 11

Donde se encuentra y no se encuentra el punto de contacto¹

Al acercnos a la cuestión de terreno común (o el punto de contacto) con el incrédulo, hemos considerado primeramente el Dios quien representamos. Puesto que Dios es el creador de todas las cosas, puesto que Él, de manera soberana, controla cada evento, y puesto que Él se revela a si mismo claramente en cada hecho del orden creado, es completamente *imposible* que existe cualquier terreno *neutral*, cualquier esfero o aspecto de realidad donde el hombre no se encuentra confrontado con las declaraciones de Dios, cualquier área de conocimiento donde el asunto teológico sea sin importancia. Sin embargo ésta perspectiva garantiza que haya terreno común entre el creyente y no creyente—terreno común de la naturaleza metafísica (es decir, en el área de epistemología). Todo el mundo, todo el campo creado y la historia pública constituyen algo común entre el cristiano y el no cristiano. Pero este terreno común no es terreno *neutral*; más bien es terreno de Dios. No hay ningún lugar para pararse en este mundo—aún en el mundo de pensamiento—que no es terreno común.

Junto con el terreno común hemos hablado acerca de Dios quien representamos. Él es el creador de todas las cosas, puesto que él controla cada evento, y puesto que él claramente se revela a si mismo en cada hecho del orden creado, es completamente imposible que debiera existir ningún terreno *neutral*, cualquier territorio o aspecto de la realidad donde el hombre no esta confrontado con las declaraciones de Dios, en cualquier área de conocimiento donde el aspecto teológico no es importante.

Además de considerar al Dios quien representamos, debemos tomar en cuenta la persona a quien hablamos. Particularmente debemos reconocer los efectos *noéticos* del pecado. La caída del hombre tuvo resultados drásticos en el mundo de pensamiento; aun la habilidad del hombre de razonar se vuelve depravada y frustrada. Toda la creación fue sujetada a vanidad, y por eso llegaron confusión, ineficiencia y desesperación escéptico en la esfera epistémico. Lo que es más, la corrupción moral dominó los pensamientos del hombre (Gen. 6:5)² tanto que el uso malvado de la mente del hombre se volvió completo, continuo y ineludible. El hombre injustamente detiene la verdad para adherirse a la mentira:

Romanos 1:18 Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad;

¹ Greg L. Bahnsen, *Always Ready: Directions for Defending the Faith*, Nacogdoches, Texas: Covenant Media Press, 1996. 45-48.

² Génesis 6:5 Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

Romanos 1:25 ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.

Con su “seudo-sabiduría” (es decir “supuesta sabiduría”) el mundo se niega a conocer a Dios (I Cor. 1:21),³ porque Satanás cegó el entendimiento del hombre (II Cor. 4:4). El hombre utiliza su razonamiento no para glorificar a Dios y aumentar su reino, sino que para levantarse en oposición arrogante contra el conocimiento de Dios (II Cor. 10:5). Van Til comenta de esta manera:

Cuando decimos que pecado es ético no queremos decir, sin embargo, que pecado afectó solamente la voluntad del hombre y no su intelecto también. El pecado afectó cada aspecto de la personalidad del hombre. Todas las reacciones del hombre en cada relación en la cual Dios le había puesto fueron éticas y no meramente intelectuales; la parte intelectual en sí es ética.⁴

En sus *Institución de la Religión Cristiana*, Juan Calvino muy intencionadamente comenta que los *filósofos* necesitan ver que hombre es corrupto en cada aspecto de su ser—que la caída está relacionada con los funcionamientos mentales (poderes mentales) del hombre tanto como su voluntad y emociones.

Ahora, esto explica porque no podemos intentar encontrar terreno común en la interpretación del incrédulo o entendimiento autónomo de cosas, si es de leyes de lógica, los hechos de historia, o las experiencias de personalidad humana. El no cristiano busca detener la verdad y tergiversarla a un esquema naturalista. El quiere excluir la interpretación de Dios quien hace que todas las cosas y eventos sean lo que son (anunciando lo por venir desde el principio, Isa. 46:10). El erudito cristiano no puede encontrar ninguna cosa más allá de acuerdo *formal*, no puede ubicar un entendimiento verdaderamente común, en las palabras y opiniones del incrédulo. Específicamente, y lo que es el *quid* del asunto de desacuerdos con eruditos incrédulos o pensadores, debemos ver que el incrédulo tiene un diagnóstico erróneo de su situación y de si mismo. El incrédulo cree que su proceso de pensar es normal. Cree que su mente es el último tribunal de apelación en todos los asuntos de conocimiento. Cree que él es el punto de referencia por todas interpretaciones de los hechos. Es decir, epistemológicamente se ha vuelto una ley en sí mismo: *autónomo*.

Por lo consiguiente, la depravación y supuesta autonomía del pensar de hombre no permiten que el cristiano regenerado busque terreno común en la perspectiva autónoma y confesada del hombre en ningún área. En lugar de estar de acuerdo con la concepción, ordenamiento o evaluación de su propia experiencia del pecador, el cristiano busca su arrepentimiento—arrepentimiento en la esfera de pensamiento. Nuestro enfoque debe ser lo de Isaías 55:7, “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase

³ **1 Corintios 1:21** ²¹ Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agració a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

⁴ Cornelius Van Til, *La Defensa de la Fe*, Philadelphia: Presbyterian and Reformed, 1955, 63.

a Jehová.” Puede ser que un paciente moribundo requiera una operación y sin embargo la idea le horrorice de modo que se engaña pensando que su condición solamente requiere una curita. Si un doctor aceptara la concepción que el paciente tuvo de si mismo y su condición real, el doctor no solamente sería un loco, sino que también desmostaría que no le importara el bienestar del paciente. Así es también el erudito cristiano quien verdaderamente desea el arrepentimiento del pensador no regenerado no debe permitir que el no creyente se diagnóstique su propia condición y pensamientos y luego que recete un remedio insuficiente. El pensador no regenerado no necesita meramente un curita de más información; él necesita la mayor operación interna de regeneración. Él necesita renunciar a sus pensamientos y ser renovado en conocimiento según la imagen de su creador:

Col. 3:10 y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.

Sin embargo, en negar terreno común en el área de la interpretación autónoma de experiencia del no cristiano, el presuposicionalista *no* enseña que *no tiene un punto de partida* (punto de contacto) con el no creyente. El hecho de que el no creyente está equivocado en sus autómos esfuerzos interpretativos no significa que él y el Cristiano son (hablando epistemológicamente) como barcos pasándose en las tinieblas. ¿Por qué? Porque los dos tienen algo de gran importancia en común. Ambos, sin tomar en cuenta su estado espiritual, son creados en la imagen de Dios (*imago dei*). Mientras el no regenerado necesita ser renovado con respecto a la imagen de Dios, todavía permanece en él. Hombre no puede cesar de ser hombre, y ser hombre es ser la imagen de Dios. Hombre es la réplica finita de Dios, siendo semejante a él en cada respecto que es apropiado por la criatura parecerse a su Creador. Por este medio ningún hombre puede escapar la cara de Dios, porque la imagen de Dios se lleva con el hombre dondequiera se vaya—aún hasta Hades. Por lo consiguiente, el creyente puede ubicar un punto de partida (punto de contacto) en sus pláticas con el no creyente en lo más profundo de ellos. Para siempre la creación establece no hay ningún hombre que la revelación de Dios no ha tocado; los hombres fueron creados con la capacidad de entender y reconocer la voz de su creador. Van Til dice que nosotros estamos:

...asegurados de un punto de partida en el hecho de que cada hombre es hecho en la imagen de Dios y tiene la ley de Dios sellada sobre él. Con ese único hecho podemos descansar con seguridad con respecto al problema del punto de partida (de contacto). Porque ese hecho hace que los hombres siempre tengan acceso al Señor...Solamente por encontrar el punto de contacto así en el sentido de deidad en el hombre que habita debajo de su propia concepción de autonomía podemos ser ambos fieles a la Escritura y efectivos en razonar con el hombre natural.⁵

Entonces, hemos visto hasta ahora que el presuposicionalismo toma en serio las doctrinas de creación, la soberanía de Dios, revelación natural, el hombre como creado en la imagen de Dios y la depravación total. El presuposicionalismo sostiene que

⁵ Ibid., 111, 112.

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El Punto de contacto

definitivamente hay un esfero de terreno común entre los creyentes y los no creyentes (terreno lo cuál es metafísica en su naturaleza), pero ese terreno común no es terreno *neutral*. Además, ese terreno no se encuentra en la concepción autónoma del hombre natural y su interpretación de su experiencia ni de los hechos del mundo. El cristiano no tiene un punto de contacto allí, sino que en la condición real del hombre como la imagen de Dios. Por lo tanto, es claro que la tercera crítica del presuposicionalismo la cuál se mencionó en una lección anterior es completamente sin fundamento. Lejos de aislarse los hombres en torres de pensamiento mutuamente inaccesibles, el presuposicionalismo consigue (obtiene) el terreno común y además un punto de contacto (partida) entre el cristiano y no cristiano. Es nada más una cuestión de encontrarlos en el lugar correcto.

Este artículo es el capítulo 11 del libro ***Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe***, del Dr. Greg Bahnsen.

La Insensatez de la Incredulidad

La declaración y el desafío centrales de la apologética Cristiana se expresan en la pregunta retórica de Pablo, “¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (I Cor. 1:20.) Los ataques críticos que se dirigen contra la fe Cristiana en el mundo del pensamiento no pueden enfrentarse con respuestas poco sistemáticas ni apelando a las emociones. A la larga, el creyente debe responder a la arremetida del no creyente atacando la posición del incrédulo en sus fundamentos. Debe desafiar las presuposiciones del no creyente, preguntando incluso si es posible el conocimiento, dadas las nociones y la perspectiva del no Cristiano. El Cristiano no puede estar construyendo por siempre y de manera defensiva respuestas simplistas a la interminable variedad de críticas presentadas por la incredulidad; debe tomar la ofensiva y mostrarle al no creyente que no tiene un punto inteligible donde posarse, que no tiene una epistemología consistente, y ninguna justificación para el discurso, la predicación o la argumentación significativa. La seudo-sabiduría del mundo debe ser reducida a insensatez – en cuyo caso ninguna de las críticas del incrédulo tiene fuerza alguna.

Si vamos a entender como contestarle al *insensato*, si vamos a ser capaces de demostrar que Dios ha enloquecido a la seudo-sabiduría del mundo entonces debemos primero estudiar la concepción *bíblica* del insensato y su insensatez.

En la perspectiva de las Escrituras el insensato no es básicamente alguien de mente estrecha o un inculto iletrado; puede ser alguien bastante educado y sofisticado según los cálculos sociales. Sin embargo, es un necio porque ha abandonado la fuente de la verdadera sabiduría en Dios con el propósito de confiar en sus propios poderes intelectuales (supuestamente) autosuficientes. Es alguien que no puede ser enseñado (Prov. 15:5); mientras que el hombre sabio presta atención al consejo que se le brinda, “el camino del necio es derecho en su opinión” (Prov. 12:15). El necio tiene una completa auto-confianza y piensa de sí mismo como alguien intelectualmente autónomo. “El que confía en su propio corazón es necio” (Prov. 28:26). Un necio no puede pensar, en cuanto a sí mismo, que esté equivocado (Prov. 17:10). Él juzga las cosas de acuerdo a sus propios estándares pre-establecidos de verdad y justicia, y así, a la larga, resulta que sus propios pensamientos siempre terminan siendo correctos. El necio está seguro de que puede confiar en su propia autoridad racional y en su examen intelectual. “El insensato se muestra insolente y confiado” (Prov. 14:16), y por lo tanto, profiere su propia opinión (Prov. 29:11).

En realidad, este hombre autónomo es torpe, terco, grosero, obstinado y tonto. Profesa ser sabio en sí mismo, pero desde el momento que abre su boca queda claro que es (en el sentido bíblico) “un necio” – su única sabiduría más bien consistiría en guardar silencio (Prov. 17:28). “El corazón de los necios publica la necesidad” (Prov. 12:23), y el necio manifestará necesidad (Prov. 13:16). Se alimenta de necesidades de manera irreflexiva (Prov. 15:14), luego la escupirá (Prov. 15:2), y regresará a ella como un perro vuelve a su vomito (Prov. 26:11). De modo que está tan enamorado de su necesidad y tan dedicado a su preservación que “es mejor encontrarse con una osa a la cual han robado sus cachorros, que con un fatuo en su necesidad” (Prov. 17:12). Aunque puede ser que finja objetividad, “no

toma placer el necio en la inteligencia, sino en que su corazón se descubra” (Prov. 18:2). Está comprometido con sus propias presuposiciones y desea salvaguardar su autonomía. De modo que no se apartará del mal (Prov. 13:19), y así, toda su charla culta no revela nada excepto sus labios perversos y mentirosos (Prov. 10:18; 19:1). Puede hablar de manera orgullosa, pero “la boca del necio es quebrantamiento para sí, y sus labios son lazos para su alma” (Prov. 18:7). No soportará el juicio de Dios (Sal. 5:5).

¿Cómo se convierte un hombre en tal necio auto-engañado y supuestamente autónomo? Un necio desprecia la sabiduría y la instrucción, *negándose a iniciar* su proceso de pensamiento con la debida *reverencia al Señor* (Prov. 1:7). Rechaza los mandamientos de Dios (Prov. 10:8) y hasta se atreve a reprochar al Todopoderoso (Sal. 74:22; Job 1:22). “El pensamiento del necio es pecado” (Prov. 24:9). El necio no será gobernado por la palabra de Dios; es anárquico, así como su pensamiento es anárquico (i.e., pecaminoso, 1 Juan 3:4). Al rechazar la ley o la palabra de Dios, el necio respeta su propia palabra y ley en su lugar (es decir, es *autó-nomo*). La Escritura describe a la gente que no conoce a Dios, Sus caminos y Sus juicios como necios (cf. Jer. 4 – 5). El necio vive en una ignorancia práctica de Dios, pues en su corazón (del cual manan los asuntos cruciales de la vida, Prov. 4:23) el necio dice que no hay Dios (Sal. 14:1; cf. Isa. 32:16). Vive y razona de una manera atea – como si él fuera su propio señor. En lugar de ser dirigida de manera espiritual, la visión del necio está atada a la tierra (Prov. 17:24). Le sirve a la criatura (e.g., a la autoridad de su propia mente) en lugar de servir al Creador (Rom. 1:25).

El hombre que escucha las palabras de Cristo y aún así edifica su vida sobre el rechazo de aquella revelación es un necio (Mat. 7:26), y el hombre que reprime la revelación general de Dios en el ámbito de lo creado también es descrito como un tonto (Rom. 1:18). Queda bastante claro, entonces, que *un necio es uno que no hace de Dios y Su revelación el punto de partida* (la presuposición) *de su pensamiento*. Los insensatos desprecian la predicación de la cruz, se rehúsan a conocer a Dios, y no pueden recibir la palabra de Dios (1 Cor. 1 – 2). El hombre auto-proclamado autónomo, el no creyente, no se someterá a la palabra de Dios ni edificará su vida y pensamiento en ella. Por lo tanto, la incredulidad y la ignorancia de la voluntad de Dios producirán insensatez (1 Cor. 15:36; Efe. 5:17).

Como resultado, el necio no posee la concentración necesaria para encontrar la sabiduría; de manera vanidosa piensa que se puede obtener o disponer de ella de manera fácil (Prov. 17:16, 24). Al gloriarse en el hombre el pensamiento del necio se hace inútil y vergonzoso (1 Cor. 3); su corazón se entenebrece, y su mente se llena de vanidad (Rom. 1:21). Debido a su incredulidad y rebelión contra la palabra de Dios, el necio *no tiene labios llenos de ciencia* (Prov. 14:7). De hecho, debido a que no escoge reverenciar al Señor, el necio *aborrece el conocimiento* (Prov. 1:29). El no creyente que critica la fe Cristiana es este tonto que hemos estado describiendo antes. Al responderle al necio el apologista Cristiano debe tener como meta demostrar que la incredulidad es, a fin de cuentas, destructiva para todo el conocimiento. Al necio se le debe mostrar que su autonomía es hostil al conocimiento – que *Dios enloquece* la “sabiduría” del mundo.

Traducido por Donald Herrera Terán, para
www.contra-mundum.org

Un Doble Procedimiento Apologético

Por Greg L. Banhsen

“¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” Pablo podía plantear su método apologético para la fe Cristiana con base en este conjunto de preguntas retóricas (1 Cor. 1:20), sabiendo que la palabra de la cruz destruye la sabiduría del mundo y que reduce su discernimiento a la nada (v. 19). El corazón no regenerado, con su mente entenebrecida, evalúa al evangelio como debilidad y locura (vv. 18, 23), pero lo cierto es que éste expresa el poder salvador y la verdadera sabiduría de Dios (vv. 18, 21, 24).

Lo que el mundo llama “locura” en realidad es sabiduría. A la inversa, lo que el mundo considera “sabio” en realidad es locura. El no creyente tiene todos sus criterios al revés, de modo que se burla de la fe Cristiana o la mira como algo intelectualmente deshonroso. Pero Pablo sabía que Dios podía desenmascarar la arrogancia de la incredulidad y exhibir su lamentable pretensión de conocimiento: “Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (v. 25). Aunque el no creyente mira la fe Cristiana como algo loco y débil, esa fe tiene la fuerza y los recursos intelectuales para exponer la “sabiduría mundana” por lo que verdaderamente es: una total locura. Dios ha escogido lo (así llamado) necio del mundo para poder *avergonzar* a aquellos que se jactan de su (así llamada) sabiduría (v. 17).

Frente a la revelación de Dios el no creyente está “sin excusa” [sin apologética] (cf. Rom. 1:20, en el Griego). A la larga, su posición intelectual no tiene credenciales que valgan la pena. Cuando se enfrenta contra el desafío intelectual del evangelio tal como Pablo lo presentaba, el no regenerado se queda sin lugar y sin posición. Pablo expresa el resultado del encuentro de manera sucinta cuando declara, “*¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el disputador de este siglo?*” El hecho es que Dios *confunde* la sabiduría de este mundo, de modo que no queda lugar para el no creyente genuinamente sabio. No ha nacido el hombre que pueda debatir y defender de manera adecuada la perspectiva de este mundo (i.e., la incredulidad). No se puede justificar el rechazo a la fe Cristiana, y la posición intelectual del no creyente no se puede defender de manera genuina en el mundo del pensamiento. Las armas espirituales del apologeta Cristiano son poderosas en Dios para la *destrucción* de argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios (2 Cor. 10:4-5). El no creyente, como vimos en el último estudio, es un necio según la perspectiva escritural, y como tal su posición equivale a un *desprecio del conocimiento* (Prov. 1:20-22); su ataque intelectual contra el evangelio proviene de un “conocimiento” *llamado así de manera falsa* (1 Tim. 6:20).

El apologeta debe tener como propósito avergonzar este supuesto conocimiento (que es, en el fondo, un menoscenso del conocimiento); debiese poner de manifiesto la necesidad de esta “sabiduría” del mundo. Esto requiere mucho más que un esfuerzo poco sistemático por aducir vagas probabilidades de evidencias aisladas a favor de la racionalidad del Cristianismo. En vez de eso, requiere una demostración a plena escala de la *irracionalidad*

del anti-Cristianismo en contraste con la *certidumbre* de verdad que se encuentra en la Palabra de Dios. El Dr. Van Til escribe:

La batalla entre el teísmo Cristiano y sus oponentes cubre todo el campo del conocimiento... La afirmación fundamental del teísmo Cristiano es simplemente esta, que no se puede saber absolutamente nada a menos que Dios exista y sea conocido... Lo importante de señalar es esta diferencia fundamental entre el teísmo y el antiteísmo sobre la cuestión de la epistemología. No hay un solo lugar en el cielo o en la tierra sobre el cual no haya disputa entre las dos partes en oposición.

(*Un Examen de la Epistemología Cristiana*, Fundación Cristiana den Dulk, 1969, p. 116.)

Se puede decir que el método de razonar por presuposiciones es indirecto más que directo. El asunto entre los creyentes y los no-creyentes en el teísmo Cristiano no se puede arreglar por medio de una apelación directa a los "hechos" o "leyes" sobre cuya naturaleza y significado se hayan alcanzado acuerdos por las partes que participan del debate... El apologista Cristiano debe colocarse en la posición de su oponente, asumiendo el carácter correcto de su método simplemente por causa del argumento, para así mostrarle que, con base en tal posición, los "hechos" no son hechos y las "leyes" no son leyes. También debe pedirle al no-Cristiano que se coloque en la posición Cristiana por causa del argumento para poderle mostrar que sólo sobre tal base los "hechos" y las "leyes" aparecen como elementos inteligibles...

Por lo tanto, se debe hacer la afirmación que solamente el Cristianismo es razonable, y por ende, que los hombres pueden abrazarlo con suma confianza. Y que es totalmente irracional, que es completamente irracional sostener cualquier otra posición aparte del Cristianismo. Solamente el Cristianismo no crucifica a la razón en sí... La mejor, la única prueba absolutamente cierta de la verdad del Cristianismo es que, a menos que se presuponga su verdad, no hay prueba de nada. Se prueba así que el Cristianismo es el fundamento mismo de la idea de la prueba en sí.

(*La Defensa de la Fe*, Filadelfia: Presbyterian and Reformed, 1955, pp. 117-118, 396.)

Se le debe responder al necio mostrándole su necesidad y la necesidad del Cristianismo como la precondición para que exista la inteligibilidad.

En Proverbios 26:4-5 se nos instruye en cuanto a como debemos responderle al no creyente necio – como debemos demostrar que Dios avergüenza a la así llamada "sabiduría" de este mundo. "Nunca respondas al necio de acuerdo con su necesidad, para que no seas tú también como él. Responde al necio como merece su necesidad, para que no se estime sabio en su propia opinión." Aquí se describe el doble procedimiento apologetico mencionado antes por Van Til. En primer lugar, no se le debe responder al no creyente en términos de sus propias presuposiciones mal orientadas; el apologista debe defender su fe trabajando a partir de sus propias

presuposiciones. Si se rinde ante las nociones del no creyente, el creyente jamás podrá presentar razón de la esperanza que hay en él. Habrá perdido la batalla desde el principio, quedándose atrapado constantemente detrás de las líneas enemigas. Y por ende, no se hará gala de la fortaleza intelectual y el desafío del Cristianismo.

Pero luego, en segundo lugar, el apologista debe contestarle al necio de acuerdo a sus auto-proclamadas presuposiciones (i.e., de acuerdo a su necesidad). Al hacer esto, tiene como propósito mostrarle al no-creyente el resultado de aquellas nociones. Perseguidas por su fin constante, las presuposiciones de la incredulidad hacen que el razonamiento del hombre se torne vano y su experiencia, incomprensible; en resumen, conducen a la destrucción del conocimiento, al callejón sin salida de la inutilidad epistemológica, a la necesidad plena. Al colocarse en la posición del no-creyente y llevarla al punto en que – en su locura – socava los hechos y las leyes, el apologista Cristiano le impide al necio ser sabio en su propia presunción y engreimiento. De modo que puede concluir, “¿Dónde entonces *está* el disputador sabio de este mundo?!” No hay ninguno, pues como lo ilustra la historia de la filosofía humanista de manera tan clara, Dios ha avergonzado la sabiduría del mundo. Es confundida por la predicación “necia” de la cruz.

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>

Capítulo Quince

Respondiéndole al Necio

En los últimos dos estudios hemos comenzado a ver la apologetica desde el punto de vista bíblico. Se ha señalado que (1) la perspectiva intelectual del no creyente es la de un “necio” (en el sentido escritural), (2) el no creyente proclama una seudo-sabiduría que en realidad es un odio, una destrucción del conocimiento, (3) Dios reduce a necesidad la sabiduría del mundo y la avergüenza por medio de Su pueblo, quienes son capacitados para derribar toda imaginación exaltada contra el conocimiento de Él, y (4) para poder darle una respuesta al necio el creyente debe seguir un doble procedimiento: (a) *negarse* a contestar en términos de las presuposiciones del necio, pues éstas socavan la posición cristiana, y luego (b) *responder* en términos de las presuposiciones del necio para mostrar hacia dónde conducen, a saber, la inutilidad epistemológica.

Aquí encontramos el curso prescrito para ofrecerle una respuesta a todos los hombres que piden una razón para la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pedro 3:15). La estrategia apologetica ensayada anteriormente cumple la precondición presentada por Pedro para defender la fe, que “santifiquemos a Dios *el Señor* en nuestros corazones.” Al rehusarnos a suspender la verdad presupuesta de la palabra de Dios cuando argumentamos con aquellos que critican la fe cristiana, reconocemos el señorío de Cristo sobre nuestro pensamiento. Su palabra es nuestra autoridad última. Si fuésemos a razonar con el no creyente de tal manera que confiáramos en nuestros propios poderes intelectuales o en las enseñanzas de los (así llamados) expertos (en ciencia, o historia, o lógica, o cualquier otro campo) más de lo que confiamos en la veracidad de la revelación de Dios, terminaríamos el argumento (si es consistente) concordando con el no creyente. En el lenguaje de Proverbios 26, le responderíamos al necio y terminaríamos siendo *como él*.

También, al emplear el procedimiento apologetico presentado anteriormente podemos llegar a la misma conclusión de Pablo en 1 Corintios 1, que la perspectiva intelectual del no creyente es, en su base, una total necesidad. Por consiguiente, podemos responder de manera retórica “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el disputador de este mundo?” El hecho del asunto será abundantemente manifiesto: Dios enloquece la sabiduría del mundo, y lo hace por medio de la palabra de la cruz. Al demostrarle al necio que sus presuposiciones pueden producir solamente un *falsamente llamado* conocimiento, el creyente le responde de tal manera que no puede ser sabio en su propia opinión. De este modo, este doble procedimiento en apologetica presuposicional apunta al éxito argumentativo sin comprometer la fidelidad espiritual. Ofrece una explicación razonada de la esperanza cristiana al mismo tiempo que reduce todas las posiciones contrarias y críticas a la impotencia. Por supuesto que se ha de recordar en este punto, que el apologista debe realizar esta labor destructiva “con mansedumbre y reverencia” (1 Pedro 3:15b).

Un resumen útil e instructivo del enfoque presuposicional a la apologetica se ofrece en 2 Timoteo 2:23-25.

Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas. Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto

para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad.

Primero, el pasaje pone muy en claro que el apologista simplemente no debe tener una actitud arrogante al tratar con los no creyentes. Debe ser gentil, paciente, cortés y no pendenciero. Estos atributos son difíciles de manejar para la mayoría de las personas que sostienen posiciones doctrinales muy fuertes y que son diligentes para defender esas posiciones. Es fácil volverse obstinado y celoso para dominar a tu oponente. Sin embargo, es la actitud opuesta, la que es pacífica y gentil, la que demuestra que nuestra sabiduría viene de lo alto (Santiago 3:13-17).

Segundo, este pasaje enseña que aquellos que son desafiados a defender su fe no deben consentir en responder en términos de la incredulidad necia. Pablo nos ordena *rechazar* las cuestiones necias e insensatas – es decir, cuestiones que son presentadas desde el punto de vista del necio. No hemos de someternos a la perspectiva autónoma que desecha la verdad de Dios; no hemos de acceder a la demanda de neutralidad agnóstica en nuestras discusiones. La cuestión o tema orientado por el necio ha de ser puesto a un lado. Sin embargo, la acción de evitar las cuestiones necias no toma la forma de silencio, pues el pasaje anterior indica que *hemos de educar* a quien nos plantea preguntas. Se ha de ofrecer una respuesta, pero no una respuesta que se conforma a las presuposiciones necias que hay detrás de la pregunta. De otra forma, lo que resultará es la contención antes que la educación.

Tercero, se revela que el no creyente “se opone a sí mismo.” Por medio de sus presuposiciones necias el no creyente en realidad opera contra él mismo. Él desecha la verdad clara acerca de Dios que es fundamental para un entendimiento del mundo y de uno mismo, y afirma una posición que es contraria a su mejor conocimiento. Es intelectualmente esquizofrénico. Esto debe hacérsele claro.

Cuarto, Pablo indica que lo que necesita el no creyente no es simplemente información adicional. En vez de eso, necesita que su pensamiento sea totalmente *trastornado*; debe experimentar una conversión hacia un conocimiento genuino de la verdad. Hasta que esta revolución suceda el no creyente tendrá un conocimiento de Dios que le *condena* (cf. Rom. 1:18ff), pero un conocimiento genuino o sincero de la verdad – un conocimiento *salvador* – puede venir únicamente con la conversión. Al no creyente se le debe enseñar a renunciar a su autonomía fingida y a someterse a la clara palabra de autoridad, la palabra de Dios.

Finalmente, el pasaje antes citado no deja duda en cuanto a cuál debe ser la fuente del éxito apologetico: la soberana voluntad de Dios. Un hombre será convertido sólo si esto le es concedido de parte de Dios. Puesto que es Él quien determina los destinos de todos los hombres (cf. Efe. 1:1-11), Él es quien también determina si nuestro testimonio apologetico será fructífero o no. De modo que, nos corresponde evitar cualquier intento de “mejorar” el enfoque escritural a la apologetica. Nuestra responsabilidad es ser fieles a las instrucciones del Señor. Él bendecirá la obediencia a Su voluntad; el éxito no puede venir por evadirla.

Tomado del sílabo del curso “*Una Introducción Bíblica a la Apologetica*,” por el Dr. Greg L. Bahnsen (págs. 37, 38).

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>

Capítulo 30

El Problema del Mal

Ahora queremos dedicarnos a examinar algunas de las objeciones más recurrentes y básicas que se levantan en contra de la Fe Cristiana por parte de aquellos que están en desacuerdo con la cosmovisión Bíblica – ya sea sus antagonistas intelectuales, aquellos que lo desprecian y que son muy cultos, o las religiones que compiten con ella. Nuestro objetivo será sugerir como un método presuposicional de apologética respondería a estos tipos de argumentos en contra del Cristianismo (o alternativas para ello) como una filosofía de vida, conocimiento y realidad.

Quizás el desafío más intenso, agudo y persistente que los creyentes escuchan con respecto a la verdad del mensaje Cristiano aparece en la forma de lo que ha sido llamado “el problema del mal.” El sufrimiento y el mal que vemos a nuestro alrededor parece ser un clamor en contra de la existencia de Dios – al menos un Dios que es tanto benevolente como todopoderoso. Muchos piensan que este es el más difícil de todos los problemas que la apologética enfrenta, no solamente debido a la aparente dificultad lógica dentro de la perspectiva Cristiana, sino debido a la perplejidad personal que cualquier ser humano sensible sentirá cuando se ve confrontado con la terrible miseria y perversidad que se pueden encontrar en el mundo. La inhumanidad del hombre para con el hombre es algo notorio en toda época de la historia y en cada nación del mundo. Existe una larga historia de opresión, vejación, crueldad, tortura y tiranía. Encontramos guerras y homicidios, codicia y avaricia, deshonestidad y mentiras. Encontramos temor y odio, infidelidad y crueldad, pobreza y hostilidad racial. Además, incluso en el mundo natural nos encontramos con mucho sufrimiento y dolor aparentemente innecesarios - defectos de nacimiento, parásitos, ataques de animales violentos, mutaciones radioactivas, enfermedades debilitantes, cáncer mortal, hambruna, heridas agobiantes, tifones, terremotos y otros desastres naturales.

Cuando el no creyente mira hacia este infeliz "valle de lágrimas," siente que hay una fuerte razón para dudar de la bondad de Dios. ¿Por qué debiese haber tanta miseria? ¿Por qué debiese estar distribuida de una manera aparentemente injusta? ¿Es esto lo que usted permitiría si fuese Dios y pudiera impedirlo?

Tomando el Mal con Seriedad

Es importante para el Cristiano que reconozca - de hecho, que insista - la realidad y la seria naturaleza del mal. El tema del mal no es simplemente un juego intelectual de salón, un asunto frío, una decisión antojadiza o relativista de ver las cosas de cierta manera. El mal es real. El mal es horrible.

Solo cuando llegamos a estar emocionalmente cargados e intelectualmente apasionados con respecto a la existencia del mal podemos apreciar la profundidad del problema que los

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El problema del mal

no creyentes tienen con la cosmovisión Cristiana - pero, de igual manera, nos damos cuenta porqué el problema del mal termina confirmado la perspectiva Cristiana, en lugar de debilitarla. Cuando hablamos acerca del mal con los no creyentes, es crucial que ambos bandos "jueguen con aplomo." El mal debe ser tomado con seriedad, "*como mal.*"

Un pasaje bien conocido de la pluma del novelista Ruso, Fyodor Dostoevski, inmediatamente sacude nuestras emociones y nos hace ser insistentes con respecto a la maldad de los hombres, por ejemplo los hombres que son crueles con los niños pequeños. Se encuentra en su novela, *Los Hermanos Karamazov*.¹ Iván le presenta su queja a Alyosha:

"La gente habla algunas veces de crueldad bestial, pero eso es un gran insulto y una gran injusticia para las bestias; una bestia nunca puede ser tan cruel como un hombre, tan artísticamente cruel..."

He reunido mucha, mucha información con respecto a los niños Rusos, Alyosha. Hubo una pequeña niña de cinco años que era odiada por su padre y su madre... Como ves, debo repetirlo una vez más, es una característica peculiar de mucha gente, este encanto por torturar a los niños, y solamente a los niños... Es justamente su indefensión lo que tienta al torturador, justo la confianza angelical del niño que no tiene refugio ni atractivo lo que enciende el fuego en su sangre vil.

Esta pobre niña de cinco años se hallaba sujetada a toda tortura posible por aquellos padres estudiados. La golpean, la azotan, le dan de puntapiés sin ninguna razón hasta que su cuerpo queda todo magullado. Luego, recurrían a mayores refinamientos de残酷 - la encerraban toda la noche en el frío retrete casi congelado, y para que no molestara durante la noche - quizás para que no pidiera ser sacada de allí en mitad de la noche - le embadurnaban el rostro y le llenaban la boca con excremento, y era su madre, era su madre la que hacía esto. Y aquella madre podía dormir, oyendo los gemidos de esta pobre niña! ¿Puedes entender por qué una pequeña criatura, que ni siquiera puede entender lo que se le ha hecho, golpeaba su pequeño corazón adolorido con su pequeño puño en medio de la oscuridad y el frío, y desahogaba sus mansas lágrimas, libres de resentimiento, ante el Dios bondadoso para que la protegiera? ... ¿Entiendes por qué esta infamia debe suceder así y ser permitida? ¡Vaya, todo el mundo de conocimiento no vale la oración de aquella pequeña niña de 'querido y amoroso Dios'!

Imagine que está creando una estructura de destino humano con el objeto de hacer felices a los hombres al final de la carrera, dándoles paz y reposo al fin, pero que fuese esencial e inevitable torturar hasta la muerte sólo a una pequeña criatura - aquella niña que golpea su pecho con su puño, por ejemplo - y fundamentar aquel edificio sobre sus lágrimas no vengadas, ¿Consentirías tú en ser el arquitecto con

1 Trad. C. Garnett (New York: Modern Library, Random House, 1950), del libro V, capítulo 4. La cita aquí es tomada de la selección encontrada en *Dios y el Mal: Lecturas sobre el Problema Teológico del Mal*, ed. Nelson Pike (Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, 1964).

esas condiciones? Dime, y di la verdad."

"No, yo no estaría de acuerdo," dijo Alyosha suavemente.

Incidentes y soliloquios como este podrían multiplicarse una y otra vez. Ellos provocan una indignación moral en nuestro interior. También provocan una indignación moral en el no creyente - y ese hecho no debe ser despreciado por el apologista.

Una vez, mientras estaba haciendo un programa de radio con llamadas al aire, un oyente se tornó sumamente malicioso cuando dije que debíamos adorar y alabar a Dios. El oyente que llamaba quería saber cómo alguien podría adorar a un Dios que permitía el abuso sexual y la mutilación de un bebé, tal como el niño que el oyente había visto en ciertas fotografías presentadas en una corte judicial en el juicio de algún espécimen horrible de la humanidad. La descripción era escalofriante y seguramente evocaba repulsión en cualquiera que la escuchara. Sabía que el oyente tenía el propósito de presionar fuertemente su hostilidad contra el Cristianismo - en este caso dirigido hacia mí - pero en realidad yo estaba muy contento de que el oyente estuviese tan airado. Él estaba tomando el mal *con seriedad*. Su condena del abuso de aquel niño no era para él simplemente un asunto de preferencia personal. Por esa razón, me di cuenta que no sería difícil mostrar porqué el problema del mal no es realmente un problema para el creyente - sino más bien para el no creyente. Tocaré este tema un poco más adelante.

El Mal como un Problema Lógico

El "problema" del mal no siempre ha sido entendido apropiadamente por los apologistas Cristianos. Algunas veces han reducido la dificultad del desafío del no creyente al Cristianismo concibiendo el problema del mal como simplemente una enfadada presentación de evidencia contraria a la supuesta bondad de Dios. Es como si los creyentes profesaran la bondad de Dios, pero luego los no creyentes tienen su contra-ejemplos. ¿Quién presenta el mejor caso a partir de los hechos a nuestro alrededor? El problema se presenta (de manera imprecisa) como un asunto de quién tiene la evidencia más fuerte de su lado en contra del desacuerdo.

Por ejemplo, leemos a un apologista popular decir esto con respecto al problema del mal: "Pero, en el análisis final, la evidencia a favor de la existencia del bien (Dios) no se ve viciada por la anormalidad del mal." ¿Y por qué no? "El mal sigue siendo un problema desconcertante, pero la fuerza del misterio no es suficiente como para demandar que desechemos la evidencia positiva a favor de Dios, de la realidad del bien... *Aunque no podemos explicar la existencia del mal, esa no es razón para que desechemos la evidencia positiva a favor de Dios.*"² Esto minimiza seriamente la naturaleza del problema del mal. No es simplemente asunto de sopesar la evidencia positiva en contra de la evidencia negativa a favor de la bondad en el mundo de Dios o en el plan de Dios (digamos, la redención, etc.). El problema del mal es un reto mucho más serio que ése a la fe Cristiana.

² R. C. Sproul, *Objeciones Contestadas* (Glendale, CA: Regal Books, G/L Publications, 1978), pp. 128, 129.

El problema del mal asciende hasta convertirse en la acusación de que existe una *incoherencia lógica* en la perspectiva Cristiana – sin importar cuánto mal haya en el universo comparado con cuánta bondad puede encontrarse. Si el Cristianismo es lógicamente incoherente, *ninguna cantidad* de evidencia positiva, y basada en los hechos, puede salvar su verdad. La inconsistencia interna haría, por sí misma, que la fe Cristiana llegara a ser intelectualmente inaceptable, *aún aceptando* que podría haber una gran cantidad de indicadores o evidencia en nuestra experiencia a favor de la existencia de la bondad o de Dios, considerados de otra manera.

El filósofo del siglo dieciocho, David Hume, expresó el problema del mal de una manera fuerte y desafiante: “¿Está Dios dispuesto a impedir el mal, pero no es capaz?, entonces es impotente. ¿Es capaz, pero no está dispuesto?, entonces es malévolos. ¿Es capaz y al mismo tiempo está dispuesto?, ¿De dónde, entonces, viene el mal?”³ Lo que Hume estaba argumentando es que el Cristiano no puede aceptar de manera lógica estas tres premisas: Dios es todo poderoso, Dios es absolutamente bueno, y sin embargo, el mal existe en el mundo. Si Dios es todopoderoso, entonces debe ser capaz de impedir o eliminar el mal, si lo desea. Si Dios es absolutamente bueno, entonces ciertamente desea impedir o eliminar el mal. Sin embargo, es innegable que el mal existe.

George Smith declara el problema de esta manera en su libro, *El Ateísmo: El Caso en Contra de Dios*:⁴ “Brevemente, el problema del mal es este... Si Dios sabe que hay mal pero no puede impedirlo, entonces no es omnipoente. Si Dios sabe que hay mal y puede impedirlo pero no desea hacerlo, no es omni-benévolos.” Smith piensa que los Cristianos no pueden, de manera lógica, tener ambas cosas: Dios es completamente bueno, lo mismo que completamente poderoso.

Por lo tanto, la acusación que los no creyentes hacen es que la cosmovisión Cristiana es incoherente; adopta premisas que son inconsistentes unas con otras, dado el problema del mal en este mundo. El no creyente argumenta que, incluso si aceptara las premisas de la teología Cristiana (sin importar la evidencia a favor o en contra de ellas individualmente), esas premisas no coordinan *unas con otras*. El problema del Cristianismo es un problema interno – un defecto lógico que incluso el creyente debe reconocer, en tanto que de manera realista admite la presencia del mal en el mundo. Se piensa que este mal es incompatible ya sea con la bondad de Dios o con el poder de Dios.

¿Para Quién es el Mal un Problema Lógico?

Debiese ser obvio, después de un poco de reflexión, que no puede haber un “problema del mal” que presionar en contra de los creyentes Cristianos a menos que uno pueda legítimamente afirmar la existencia del mal en este mundo. Ni siquiera hay un problema evidentemente lógico en tanto que tengamos solamente estas dos premisas con las cuales

³ *Diálogos con Respecto a la Religión Natural*, ed. Nelson Pike (Indianapolis: Bobbs-Merrill Publications, 1981), p. 88.

⁴ Buffalo, New York: Prometheus Books, 1979.

tratar:

1. DIOS ES COMPLETAMENTE BUENO.
2. DIOS ES COMPLETAMENTE PODEROSO.

Estas dos premisas, en sí mismas, no crean ninguna contradicción. El problema surge únicamente cuando añadimos la premisa:

3. EL MAL EXISTE (SUCEDA)

Por consiguiente, es crucial, para el caso del no creyente en contra del Cristianismo, hallarse en posición de afirmar que hay mal en el mundo – para señalar hacia algo y tener el derecho a evaluarlo *como* un ejemplo del mal. Si fuese el caso que ningún mal existe o sucede jamás – es decir, lo que la gente inicialmente cree que es mal no puede ser considerado “mal” de manera razonable – entonces no hay nada inconsistente con la teología Cristiana que requiera una respuesta.

¿Qué quiere dar a entender el no creyente cuando habla de “bien,” o por cuál estándar determina el no creyente lo que puede aceptarse como “bueno” (de modo que el “mal” sea definido o identificado consecuentemente)? ¿Cuáles son las presuposiciones en términos de las cuales el no creyente hace algún juicio moral cualquiera que éste sea?

Quizás el no creyente asuma como “bueno” cualquier cosa que reciba la aprobación pública. Sin embargo, sobre tal base la declaración “La vasta mayoría de la comunidad aprobó efusivamente el hecho malvado y se unió a él” nunca podría tener sentido. El hecho que una gran cantidad de personas se sienta de una cierta manera no convence a nadie (o no debiese ser así racionalmente) de que este sentimiento (acerca de la bondad o maldad de algo) sea correcto. Después de todo la ética no se reduce a una cuestión de estadística. De manera ordinaria, la gente piensa con respecto a la bondad de algo como provocando su aprobación - ¡en lugar de que su aprobación se constituya en su bondad! Aún los no creyentes hablan y actúan como si hubiese rasgos, acciones o cosas personales que poseen la propiedad de bondad (o maldad) *independientemente* de las actitudes, creencias o sentimientos que la gente tenga con respecto a estos rasgos, acciones o cosas.⁵

Hay incluso más problemas con tomar el “bien” como si fuese cualquier cosa que evoque la aprobación del individuo (más bien que el público en general.) Esto no solamente se reduce al subjetivismo, implica de manera absurda que no hay dos individuos que puedan hacer juicios éticos idénticos. Cuando William dice que “ayudar a los huérfanos es

5 El intuicionismo sugerirá que la bondad es una propiedad indefinible (básica o simple) que no llegamos a conocer empíricamente o a través de la naturaleza, sino “intuitivamente.” Sin embargo, ¿qué es una “propiedad no natural” a menos que estemos hablando de una propiedad “sobrenatural” (la misma cosa en disputa por parte del no creyente)? Además, el intuicionismo no puede proveer una base para *saber* que nuestras intuiciones son correctas: no solo debemos intuir la bondad de la caridad, también se nos deja que intuyamos que esta intuición es verdadera. Es un hecho bien sabido, y vergonzoso, que no todas las gentes (o todas las culturas) tienen idénticas intuiciones respecto al bien y el mal. Estas intuiciones en conflicto no pueden ser resueltas racionalmente en el marco de la cosmovisión del no creyente.

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El problema del mal

algo bueno,” no estaría diciendo lo mismo que cuando Ted dice “ayudar a los huérfanos es algo bueno.” La declaración de William significa “ayudar a los huérfanos produce la aprobación de William,” mientras que la de Ted significaría “ayudar a los huérfanos evoca la aprobación de Ted” – que son dos cosas totalmente diferentes. Esta perspectiva no solamente haría imposible que dos personas hicieran juicios éticos idénticos, de igual manera implicaría (de forma absurda) que los propios juicios éticos de una persona nunca podrían estar errados, ¡a menos que sucediera que él mismo malinterpretara sus propios sentimientos!⁶

El no creyente podría volverse entonces hacia un entendimiento instrumental o consecuencial de lo que constituye la bondad objetiva (o el mal.) Por ejemplo, una acción o característica es buena si tiende a alcanzar un cierto fin, como la felicidad más grande del mayor número. La irrelevancia de tal noción para hacer determinaciones éticas es que uno necesitaría ser capaz de sopesar y comparar la felicidad, lo mismo que ser capaz de calcular todas las consecuencias de cualquier acción o característica dada. Esto es simplemente imposible para las mentes finitas (incluya con la ayuda de computadoras.) Pero más devastadora aún es la observación de que el bien puede ser tomado como cualquier cosa que promueva la felicidad general *solo* si, es el caso antecedente, la felicidad generalizada es en sí misma “buena.” Cualquier teoría de ética que se enfoca en la bondad de alcanzar un cierto fin (o consecuencia) tendrá sentido sólo si puede establecer que el fin seleccionado (o consecuencia) es un fin bueno y digno de ser buscado y promovido. Tarde o temprano las teorías instrumentales del bien deben abordar el asunto de la bondad intrínseca, para poder determinar correctamente cuáles *deberían* ser sus metas.

Filosóficamente hablando, el problema del mal resulta ser, por lo tanto, un problema para el mismo no creyente. Con objeto de usar el argumento del mal en contra de la cosmovisión Cristiana, el no creyente debe primero ser capaz de mostrar que sus juicios respecto a la existencia del mal son significativos – que es precisamente lo que su cosmovisión incrédula es incapaz de hacer.

Entonces, ¿Acaso el No-Creyente Toma en Serio el Mal después de todo?

Los no creyentes se quejan de que ciertos hechos llenos respecto a la experiencia humana son inconsistentes con las creencias teológicas Cristianas acerca de la bondad y el poder de Dios. Tal queja requiere que el no Cristiano afirme la existencia del mal en este mundo. Sin embargo, ¿qué es lo que en realidad se ha propuesto aquí?

Tanto el creyente como el no creyente querrán insistir en que ciertas cosas son malas, por

6 Similares dificultades acompañan la noción de que los términos éticos no funcionan y no se usan para describir ninguna cosa en lo absoluto, sino simplemente para dar *expresión* a las emociones de uno. La teoría asociada (preformativa) del lenguaje ético conocida como “prescriptivismo” sostiene que las declaraciones morales no funcionan para describir las cosas como buenas o malas, sino simplemente para hacer que nuestros oyentes se comporten o se sientan de cierta manera. Según esta teoría, ninguna actitud o acción es buena o mala en sí misma, y uno se queda sin ninguna explicación de *por qué* la gente andan por allí “dirigiendo” a otros con imperativos superfluos y velados como “ayudar a los huérfanos es algo bueno.”

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El problema del mal

ejemplo, los casos de abuso infantil (como aquellos ya mencionados.) Y hablarán como si tomasen con seriedad tales juicios morales, no simplemente como expresiones de gusto, preferencia u opinión subjetiva personal. Insistirán en que tales cosas son verdaderamente – objetivamente, intrínsecamente – malas. Incluso los no creyentes pueden ser sacudidos de sus fáciles y simplistas posiciones de relativismo ante atrocidades morales como la guerra, la violación y la tortura.

Pero la pregunta, lógicamente hablando, es cómo el no creyente puede hablar y actuar con sentido al tomar el mal con seriedad – no simplemente como algo inconveniente, o desagradable, o como algo contrario a sus deseos. ¿Qué filosofía del valor o la moralidad puede ofrecer el no creyente que haga significativa la condena de tal atrocidad como algo objetivamente malo? La indignación moral que expresan los no creyentes cuando se encuentran con las cosas malas que transpiran en este mundo no se articula con las teorías éticas que los no creyentes exponen, teorías que prueban ser arbitrarias, subjetivas o meramente utilitaristas o relativistas en carácter. En la cosmovisión del no creyente no hay una buena razón para decir que algo es malo por naturaleza, sino solamente por decisión o sentimiento personal.

Esa es la razón por la cual me animo cuando veo a los no creyentes indignarse mucho con alguna acción mala como un asunto de principio. Tal indignación requiere recurrir al carácter absoluto, incambiable y bueno de Dios para que el asunto tenga sentido filosófico. La expresión de indignación moral no es si no evidencia personal de que los no creyentes conocen a este Dios en lo más profundo de sus corazones. Se rehúsan a dejar que los juicios respecto al mal se vean reducidos al subjetivismo.

Cuando el creyente reta al no creyente sobre este punto, probablemente el no creyente cambie de dirección y trate de argumentar que el mal se basa, en última instancia, en el razonamiento o en las decisiones humanas - siendo así relativo al individuo o a la cultura. Y en ese punto el creyente debe enfatizar con fuerza la *incoherencia lógica* en el conjunto de creencias del no creyente. Por un lado, cree y habla como si alguna actividad (e.g., el abuso infantil) es algo equivocado en sí mismo, pero por otro lado cree y habla como si esa actividad es errónea solamente si el individuo (o la cultura) escoge algún valor que es inconsistente con ella (e.g., placer, la mayor felicidad para la mayor cantidad de personas, la libertad). Cuando el no creyente profesa que las personas determinan los valores éticos por ellos mismos, el no creyente sostiene implícitamente que aquellos que cometen mal en realidad no están haciendo nada malo, dados los valores que han escogido para ellos mismos. De esta manera, el no creyente, quien está indignado por la maldad suple las premisas mismas que filosóficamente aprueban y *permiten* tal conducta, aún cuando al mismo tiempo el no creyente desea insistir en que tal conducta *no* es permitida - que es "mala."

Lo que encontramos, entonces, es que el no creyente debe, secretamente, *descansar* en la cosmovisión Cristiana con el objeto de que su argumento tenga sentido a partir de la existencia del mal, ¡el cual es *lanzado en contra* de la cosmovisión Cristiana! El antiteísmo

presupone el teísmo para presentar su caso.

De modo que, el problema del mal es un problema lógico para el no creyente, en lugar de serlo para el creyente. Como Cristiano puedo presentar mi caso de manera significativa por mi repugnancia y condenación moral del abuso infantil. El no Cristiano no puede hacer esto. Esto no quiere decir que puedo explicar porqué Dios hace todo lo que hace al planear la miseria y la maldad en este mundo. Significa simplemente que la indignación moral es consistente con la cosmovisión del Cristiano, sus presuposiciones básicas con respecto a la realidad, el conocimiento y la ética. Al final, la cosmovisión del no Cristiano (de cualquier variedad) no puede explicar tal indignación moral. No puede explicar el objetivo y la naturaleza inmutable de nociones morales como el bien y el mal. De modo que el problema del mal es precisamente un problema filosófico para el no creyente. A los no creyentes se les requerirá que apelen a la misma cosa contra la cual argumentan (un sentido divino y trascendente de ética) con el objetivo de justificar su argumento.

Resolviendo la Supuesta Paradoja

El no creyente podría protestar en este punto que, incluso si él como un no Cristiano no puede explicar significativamente la visión de que el mal existe objetivamente, sin embargo, todavía queda una paradoja en el conjunto de creencias que constituyen la *propia* cosmovisión del *Cristiano*. Dada su filosofía y compromisos básicos, el Cristiano ciertamente puede afirmar, y en verdad así lo hace, que el mal es real, y no obstante el Cristiano también cree cosas acerca del carácter de Dios que juntas parecen incompatibles con la existencia del mal. El no creyente podría argumentar que, independientemente de la incapacidad ética de su propia cosmovisión, el Cristiano todavía se halla - en los *propios* términos del Cristiano - encerrado en una posición lógicamente incoherente al mantener las tres proposiciones siguientes:

1. DIOS ES COMPLETAMENTE BUENO.
2. DIOS ES TODOPODEROZO.
3. EL MAL EXISTE.

Sin embargo, aquí el crítico pasa por alto una manera perfectamente razonable de afirmar todas estas tres proposiciones.

Si el Cristiano *presupone* que Dios es perfecta y completamente bueno – como la Escritura requiere que hagamos – entonces está comprometido a evaluar todo en su experiencia a la luz de esa proposición. Por consiguiente, cuando el Cristiano observa eventos o cosas malas en el mundo, puede y debiese retener la consistencia con su presuposición con respecto a la bondad de Dios *infiriendo* ahora que Dios tiene una *razón moralmente buena* para el mal que existe. Dios ciertamente debe ser todopoderoso para ser Dios; no se ha de pensar de Él como alguien abrumado o frustrado por el mal en el universo. Y Dios es ciertamente bueno, profesará el Cristiano – *de modo que* cualquier mal que encontremos debe ser compatible con la bondad de Dios. Esto es solo para decir que

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El problema del mal

Dios ha planeado eventos malos por razones que son moralmente encomiables y buenas.

Para decirlo de otra manera, la aparente paradoja creada por las anteriores tres proposiciones se resuelve fácilmente añadiéndoles esta cuarta premisa:

4. DIOS TIENE UNA RAZÓN MORALMENTE SUFICIENTE PARA EL MAL QUE EXISTE.

Cuando se sostienen todas estas cuatro premisas no se encuentra una contradicción lógica, ni siquiera una aparente. Es precisamente parte del caminar de fe del Cristiano, y de su crecimiento en la santificación, derivar la proposición número 4 como la conclusión de las proposiciones 1, 2 y 3.

Piense en Abraham cuando Dios le ordenó que sacrificara a su único hijo. Piense en Job cuando perdió todo lo que le daba a su vida felicidad y placer. En cada caso Dios tuvo una razón perfectamente buena para la miseria humana involucrada. Para ellos, fue una marca distintiva o un logro de fe el no flaquear en su convicción respecto a la bondad de Dios, a pesar de no ser capaces de ver o entender porqué Él les estaba haciendo lo que les hacía. De hecho, incluso en el caso del crimen más grande de toda la historia - la crucifixión del Señor de gloria - el Cristiano profesa que la bondad de Dios no fue inconsistente con lo que llevaron a cabo las manos de hombres impíos. ¿Fue una maldad la muerte de Cristo? Ciertamente. ¿Tuvo Dios una razón moralmente suficiente para ello? Igualmente cierto. Con Abraham declaramos, "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gén. 18:25). Y esta bondad de Dios está más allá de todo desafío: "Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso" (Rom. 3:4).

El Problema no es Lógico, sino Psicológico

Resulta ser que el problema del mal no es una dificultad lógica después de todo. Si Dios tiene una razón moralmente suficiente para el mal que existe, como la Biblia enseña, entonces Su bondad y poder no se ven desafiados por la realidad de eventos y cosas de maldad en la experiencia humana. El único problema lógico que surge en relación con las discusiones del mal es la incapacidad filosófica del no creyente para dar razón de la objetividad de sus juicios morales.

El problema que los hombres tienen con Dios cuando se enfrentan cara a cara con el mal en el mundo no es un problema lógico o filosófico, sino más bien un problema psicológico. Podemos encontrar emocionalmente muy fuerte el tener fe en Dios y confiar en Su bondad y poder *cuando no se nos da la razón* por la cual nos suceden cosas malas - a nosotros y a otros. Instintivamente pensamos en nuestros adentros, "¿por qué sucedió eso tan terrible?" Los no creyentes también claman internamente por una respuesta a tal pregunta. Pero Dios no siempre les provee (de hecho, muy raras veces) a los seres humanos una explicación para el mal que experimentan u observan. "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios" (Deut. 29:29). Puede ser que no seamos capaces de entender los caminos sabios y misteriosos de Dios, incluso si Él nos lo contara (cf. Isa. 55:9). Sin embargo, permanece el

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El problema del mal

hecho que no nos ha contado porqué la miseria, el sufrimiento y la injusticia son parte de Su plan para la historia y para nuestras vidas individuales.

De modo que, la Biblia nos llama a confiar en que Dios tiene una razón moralmente suficiente para el mal que se encuentra en el mundo, pero no nos dice cuál es esa razón suficiente. El creyente a menudo batalla con esta situación, caminando por fe en lugar de caminar por vista. Sin embargo, el no creyente encuentra esta situación intolerable para su orgullo, sentimientos o racionalidad. Se rehúsa a confiar en Dios. No va a creer que Dios tiene una razón moralmente suficiente para el mal que existe, a menos que al no creyente se le dé esa razón para su propio examen y evaluación. Para decirlo en pocas palabras, el no creyente no va a confiar en Dios a menos que Dios se subordine a la autoridad intelectual y a la evaluación moral del no creyente - a menos que Dios acepte en cambiar de lugar con el pecador.

El problema del mal se reduce a la pregunta de si una persona debiese tener fe en Dios y Su palabra o más bien colocar la fe en su propio pensamiento y valores humanos.

Finalmente se convierte en una cuestión de autoridad última en la vida de una persona. Y en ese sentido, la manera en que los no creyentes batallan con el problema del mal no es sino un testimonio continuado de la manera en que el mal entró a la historia humana en primer lugar. La Biblia indica que el pecado, y todas sus miserias acompañantes, entraron a este mundo por medio de la primera transgresión de Adán y Eva. Y la cuestión con la que Adán y Eva fueron confrontados entonces fue precisamente la cuestión que los no creyentes enfrentan hoy: ¿debiésemos tener fe en la palabra de Dios simplemente porque Él así lo dijo, o debiésemos evaluar a Dios y Su palabra sobre la base de nuestra propia autoridad intelectual y moral última?

Dios les ordenó a Adán y Eva que no comieran de cierto árbol, probándoles para ver si intentarían definir el bien y el mal por ellos mismos. Satanás se acercó y desafió la bondad y veracidad de Dios, sugiriendo que tenía motivos impuros para impedirles a Adán y Eva el disfrute del árbol. Y en ese punto el curso total de la historia humana dependió de si Adán y Eva confiarían y presupondrían la bondad de Dios. Puesto que no lo hicieron la raza humana ha sido visitada con demasiados tormentos demasiado dolorosos para ser enumerados. Cuando los no creyentes se rehúsan a aceptar la bondad de Dios sobre la base de Su propia auto-revelación, simplemente perpetúan la fuente de todas las aflicciones humanas. En lugar de resolver el problema del mal resultan ser parte del problema.

Por lo tanto, no se debiese pensar que "el problema del mal" es algo como una *base* intelectual para una falta de fe en Dios. Es más bien simplemente la *expresión* personal de tal carencia de fe. Lo que descubrimos es que los no creyentes que desafían la fe Cristiana terminan razonando en círculos. Debido a que carecen de fe en Dios, comienzan a argumentar que el mal es incompatible con la bondad y el poder de Dios. Cuando se les presenta con una solución lógicamente adecuada y bíblica respaldada al problema del mal (viz., Dios tiene una razón moralmente suficiente, aunque no revelada, para el mal que existe), se rehúsan a aceptarla, *una vez más* debido a su falta de fe en Dios. Preferirán

Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe – 30: El problema del mal

quedarse con la incapacidad de dar una explicación de *cualquier* juicio moral de cualquier índole (sobre si las cosas son buenas o malas) en lugar de someterse a la autoridad moral, última e inmutable, de Dios. Ése es un precio demasiado alto que pagar, tanto filosófica como personalmente.

Este artículo es el capítulo 30 del libro ***Siempre Listo, Directrices para Defender la Fe***, del Dr. Greg Bahnsen. El libro fue editado por Robert R. Booth bajo los auspicios de *American Vision y Covenant Media Foundation*. Primera Edición, Noviembre 1996. Págs. 163-173.
